

Año XXX

Madrid, Jueves 4 de Agosto de 1910

Núm. 30



Voluntario
de infantería.



Voluntario
de caballería.



Despache, hermana, que me aguarda la partida.



Por predicar la religión á balazos.

MODAS QUE VUELVEN

Más sobre los atentados

Hay que deshacer el equívoco con que los gobernantes depravados llaman *atentado personal* al dirigido contra ellos, y *acto judicial* al que en ciertos casos dirigen ellos contra los adversarios que les estorban. Esta falsedad jurídica y ética necesita ser deshecha; y para ello no es preciso acudir á los tratados anarquistas, pues basta y sobra la misma ética católica enseñada por los conservadores en las escuelas.

Es principio moral, que una autoridad deja de serlo en cuanto se mueve fuera del círculo que las leyes señalan á sus funciones; y que los actos encaminados á castigar ó vengar sus excesos y abusos no van contra ella, sino contra quien la convierte en arma prohibida é ilícita.

Las leyes señalan pena al *atropello*, al *cohecho*, la *prevaricación* y otros privativos de las autoridades; y en los Estados vigorosos, la Justicia nacional castiga más severamente que en un particular los delitos y crímenes realizados por las autoridades. Así hemos visto recientemente al príncipe Eudelburgo atado á la barra del tribunal alemán, á Stoessel condenado en Rusia, á pesar de la alta jerarquía que tuvo en Port-Arthur; y ahora, en estos días, procesados en esa misma Rusia á cinco generales y doscientos oficiales del ejército; como antes pudimos ver en Francia y en Italia exministros juzgados y condenados por los tribunales.

En todos esos casos se ha castigado, no á la *autoridad*, sino al criminal que abusó de ella, *atentando contra las personas*. En España ha habido no pocos *atentados personales* de esta clase, que indudablemente conoce el Sr. La Cierva.

Los criminales éstos son más perjudiciales é infames que los otros: al instinto criminal añaden la cobardía. Saben que si roban ó asesinan pueden ir á presidio, pero que no irán si cometen los mismos crímenes en nombre de la autoridad. Y procuran alcanzarla. Y una vez obtenida, se rodean de agentes capaces de dar apariencias de proceso judicial á sus tramas, retorciendo las leyes y violentándolas, para dar apariencias de legalidad á crímenes supuestos que encubra los crímenes reales intentados.

En los pueblos en que la política se encamina casi exclusivamente á detentar el poder público, no sólo quedan impunes estos crímenes, sino que los detentadores tratan de cobijarlos bajo el pabellón del *principio de autoridad*. En Estados así constituidos, el crimen pasa á ser un monopolio.

¿Puede tolerar esto la sociedad? No. La sociedad protesta constantemente, ora clamando entre revoluciones, ora silenciosamente; pero jamás se allana á este orden inmoral. Vanas, por lo tanto, serán las órdenes que se promulguen *para legitimar tal estado*; la conciencia social no aceptará tal ley ilegítima, y entonces surgirán las escuelas defensoras del Tiranicidio. Si la autoridad pro-

clama su derecho á atacar contra la persona del ciudadano, la sociedad proclamará el suyo de defenderse contra el atentado de la autoridad. Esto enseña la moral católica y el instinto ético-social.

Además, el criminal-autoridad puede cometer tantos crímenes cuantos sean los individuos puestos bajo su mando: una simple orden de guerra puede llevar á la muerte á millares y millares de ciudadanos. ¿Tienen derecho estos individuos, sus padres y hermanos, á defender sus vidas amenazadas por la criminalidad del ministro? Los juristas católicos han dicho hace siglos que sí.

Por esto, cuando racionalmente está probada la criminalidad *consciente ó inconsciente* del ministro, y *no hay medio legal* de evitar los atentados que maldita contra los ciudadanos, éstos, por instinto mecánico-social, son arrastrados á maquinar la defensa con el ataque. Esta ley podrá no estar escrita en los Códigos, pero está marcada en la masa de la sangre humana y regirá eternamente mientras el hombre sea hombre.

Resumiendo: el ciudadano no puede tratar como ministro, al ministro que no le trata á él como ciudadano. Si no quiere que atenten contra él, que no atente él contra nadie; en caso contrario, el *atentado suyo* es una *agresión criminal* y no un *acto de autoridad*.

JOSÉ NAKENS

UN DILEMA

Estamos abocados á una nueva guerra civil, promovida, como las anteriores, por la Iglesia.

Si no vamos á ella decididos á que sea la última, no luchemos: accedamos desde luego á cuanto el Vaticano nos exija, y caigamos de rodillas ante el fraile, suplicándole que se digne concedernos el honor de besarle la pata.

¿Para qué llenar á España de sangre, lágrimas y ruinas, si al fin, como en las dos guerras anteriores, ha de resultar triunfante la Iglesia después de vencida?

Si no llevamos el propósito de cortar ahora la cabeza, y para siempre, á esa cullebra enroscada al cuerpo nacional, ¿por qué no resignarnos anticipadamente con nuestra deshonra, con nuestro envilecimiento? ¿Para qué buscar el triunfo tras esfuerzos titánicos, si luego hemos de aceptar resignados la ignominia y la servidumbre que nos impongan los vencidos?

Así, ó á la guerra para acabar con el clericalismo, ó á concederle al clericalismo cuanto demande para no ir á la guerra.

O libertad pura, ó deshonra completa.

A Canalejas

O el primer estadista español, ó el último politiquillo. Elija usted.

El primer estadista, si libra usted á España del clericalismo para siempre. El último gobernante sí, á pesar de su abolengo democrático, se doblega ó se acobarda.

Hay quien supone que la *ruptura es concertada*, que se está representando una comedia; yo me resisto á creer, no que deje de haber comedia, sino que á usted le hayan dado papel en ella.

Si me equivocas, peor para usted.

Un medio tiene usted para desmentir á los que eso suponen: demostrar que le sobran alientos y bríos para hacer que termine en tragedia la comedia: en tragedia que muera hasta el apuntador.

Penétrese usted bien de su situación: echarlo no pueden ahora, sin poner al descubierto muchas intenciones que á todos conviene ocultar. Aprovechese usted de esta circunstancia para imponerle con decisión y valentía su programa anticlerical.

¿Que lo dejan? Habrá usted echado los cimientos al edificio de la España nueva. ¿Que lo echan? Cayendo abrazado á su bandera ¿qué gloria mayor?

La situación es clara y despejada para usted; así desearían que lo fuese para ellos los que pudieran con razón aplicarle á usted esta conocida copla:

Ni contigo ni sin ti
tienen mis penas remedio;
contigo porque me matas
y sin ti porque me muerdo.

Así, Canalejas, aproveche usted la ocasión, que no volverá en la vida a presentarle otra tan favorable para pasar por el primer estadista de España.

De ayer á hoy

Gozosa estaba hace un año la plebe reaccionaria. Se hallaba en su elemento: desterraba, encarcelaba, olfateaba las víctimas, aspiraba la sangre...

Hoy, aunque se muestra arrogante, y desafia y amenaza, vive intranquila, recelosa... La exageración de sus bravuconerías da testimonio de cuán grande es su miedo.

Y es que, aún teniendo atrofiado el sentido moral y encallecida la conciencia, el instinto de conservación le grita despiadado:

«Aquello ha traído esto. La sangre vertida en Julio empieza á ahogarnos. Fuistéis inexorables; sufriréis la pena del Talión. De esta guerra que vais á promover, saldréis ejecutados; algunos materialmente; moralmente, todos.

Dos ideas

La primera medida que debe adoptar inmediatamente el gobierno para impedir la guerra civil, es ordenar que se registren todos los conventos de España, lo mismo de frailes que de monjas, y decomisar todas las armas, municiones, vestuario y equipo que en ellos se en-

cuentren. Igual registro debe hacerse en las iglesias, casas parroquiales y asilos de beneficencia clerical.

Y la segunda, vigilar á los frailes, hermanucos y curas que viajan, sometién-dolos á constantes registros, para apoderarse de las órdenes de movilización y demás papeles que conduzcan.

Con esto ahora, y con hacer la vista gorda luego ante los actos justos que el Pueblo realice al levantarse la primera partida, bastará y sobrará para que los carlistas sientan el golpe antes que el amago.

Iré exponiendo cuantas ideas fáciles y prácticas se me ocurran acerca de este punto de la guerra.

Ruptura concordada

En los bastidores de la diplomacia se está pactando y ensayando la manera de romper el gobierno español las relaciones con el Papa.

El público no verá la comedia hasta el momento oportuno, cuando los personajes estén caracterizados con caras feroces, blandiendo sendas estacas, huecas por dentro y estrepitosas, que llevarán el entusiasmo á las galerías.

El Papa se vestirá de tronador Júpiter y disparará los tremendos cohetes de sus excomuniones; Canalejas enviará el *Carlos V* y el dirigible *España* hacia Roma... y volverá contándonos que

"con su charpa omnipotente llenó la ciudad de cruces."

Y entretanto, los frailes continuarán sin novedad en sus fechorías, cobrando su millonaje el Sumo de San Pedro y de Neón, y...

¡Palabras, palabras!

..

Pero la idea de *concordar la forma de ruptura* es lo más original del mundo. Nada de echarse los trastos á la cabeza; nada de malos modos. El Nuncio dirá que se va á visitar una sobrina enferma; Ojeda vendrá á tomar baños; quedarán dos encargados confidenciales, es decir, á lo jesuita; Nuncio y embajador seguirán cobrando; el sainete durará unos meses, y en este tiempo... ¡pueden ocurrir tantas cosas!, incluso un tiro de la providencia, de los que en casos extremos reserva la curia romana.

Vivir para ver.

EN BILBAO

Los mineros se han declarado en huelga porque los dueños de las minas no cumplen varios acuerdos que hace años tomaron en favor suyo.

La razón que les asiste, se evidencia diciéndolo que personas y entidades ajenas al conflicto se han puesto completamente de su parte.

El Imparcial hizo hace días un relato de la llegada de unos niños á Bilbao, que anubló muchos ojos.

He aquí algo de lo que dijo:

"Se había anunciado que hoy por la mañana llegarían á Bilbao los niños de los mineros de la zona de Triano, y desde las once los esperaba un inmenso gentío en la estación de Portugalete. No llegaron hasta por la tarde y en todo ese intervalo fue aumentando la aglomeración hasta constituir una imponente muchedumbre.

Una Comisión de la Federación de Sociedades obreras de Bilbao fué á la zona de Triano á recoger unos 200 pequeños. Cuando las madres se separaron de sus hijos ocurrieron escenas de una desgarradora tristeza.

Unos en brazos y otros en coches ú carros fueron los niños conducidos á Portugalete y allí tomaron el tren para Bilbao, adonde llegaron á las cuatro y media de la tarde.

Los pequeños viajeros venían asomados á las ventanillas y saludaban al público con las manos ó con los pañuelos.

Al detenerse el tren resonó una ovación delirante; pero bien pronto el entusiasmo de la multitud se cambió en voces de lástima; casi todas las mujeres y muchísimos hombres lloraban al ver aparecer en el muelle de Nerja á aquellos pobres chiquitines pálidos, demacrados, medio desnudos; por la puerta del andén iban saliendo de dos en dos: unos reían, otros mordían mendrugos de pan duro; pero la mayor parte ni reían ni comían; iban muy tristes, mirando azorados á la gente á través de las lágrimas.

Varias mujeres trataron al punto de coger algunos chicos y llevárselos, pero los guardias lo impidieron.

De entre las 200 criaturas fueron separadas 62, que ya tenían dispuesto alojamiento en Eibar, y marcharon directamente á la estación de Achuri, acompañadas del Dr. Medinaveitia y una comisión de obreros.

Cuando pasaba el numeroso grupo por el muelle de Marzano, las vendedoras del Mercado, gritando y corriendo, fueron al encuentro de los niños y les llenaron las manos de perras y frutas mojadas con lágrimas. También hubo muchas que quisieron llevárselos.

Al fin pudieron los chicos romper aquellas murallas de compasivas mujeres y se instalaron en el tren. Antes de la salida, el doctor Medinaveitia, que los acompañaba, repartió entre ellos bollos, pasteles, caramelos y botijitos llenos de agua.

Entretanto, los restantes hijos de huelguistas de Triano fueron desde la estación de Portugalete al Centro obrero. A los guardias les costaba un esfuerzo considerable abrirles paso. Los niños marchaban entre una doble fila de trabajadores federados. Cuando llegaron al Centro, quiso precipitarse la multitud tras ellos y tuvo que formar un cordón la fuerza pública. Un centenar de mujeres que quería subir á todo trance, pedía á grito herido que se les concediera la suerte de hospedar en su casa algún niño.

Con la posible rapidez y las formalidades de anteriores días se hizo la distribución de los pequeños, á quienes se obsequió con dulces.

Cada vez que salía uno en brazos ó de

la mano de un obrero era su presencia acogida con tristes frases de cariño y compasión.

Esta descripción conmueve más que indignaría el relato de una colisión sangrienta.

No lo olviden los que están principalmente interesados en que las cosas no lleguen á ciertos extremos.

Los culpables

¿Quiénes hicieron requisa de armas en el pueblo liberal, en tanto que se fortificaban y se proveían de armas los frailes?

¿Quiénes autorizaron al futuro capitán general carlista para penetrar los secretos de nuestro ejército, de los que se aprovechará para combatirlo?

¿Quiénes enseñaron á verter á sangre fría la sangre liberal?

¿Quiénes aterrorizaron las sociedades liberales y exaltaron las pasiones clericales?

¡Esos son, si la guerra estalla, los principales culpables!

¡AURORA!

Pueblo vizcaíno: la humanidad futura se post a de rodillas ante ti. Has descubierto la desconocida ruta de la redención popular. Tu corazón ha hallado el secreto que estuvo buscando siglos y siglos el cerebro.

¡Oh, amor, sabio amor! ¡Cuán grande es tu sabiduría!

¡Oh, hembra arrojada del templo de la ciencia; tú eres la gran Maga que resuelve de paso los grandes problemas!

Cuando el obrero negóse á seguir siendo víctima de la explotación patronal, plantando cara al Hambre, fué grande, inmenso... Arrojó su vida al rostro de la Muerte y la Muerte sintió pavor.

Ante su plante de coloso, el Patrono soltó su carcajada. Sabe que al obrero honrado y altivo le amansan las lágrimas de la esposa. Sabe que el obrero que resiste las balas del mauser cae derribado al ser herido de una lágrima del hijo hambriento.

Y comenzaban á hincharse los lacrimales de los hijos, y comenzaban á palidecer las esposas.

Y el pródigo Estado, que cuida de nutrir los santos del cielo y de hartar las almas del infierno, no halló otro medio para el hambriento niño y para la famélica esposa que la pólvora de los cartuchos y el bálsamo de las bayonetas.

Y de las cuarenta y cinco mil monjas, hijas, hermanas y sobrinas de la caridad religiosa, no hubo una que saliese al encuentro de la Fiera, que, con las fauces abiertas, corría á hartarse sobre el pueblo minero.

Los millonarios, que levantan hospi-

cios y conventos, no interrumpieron sus banquetes. Los leones del Papa, las mulas de los obispos y los perros de los magnates se estiraban ahitos junto á las sobras de sus comidas. En la aristocracia se oía ruido de copas, estallidos de champagne, algazara de hartos y de beodos.

Y en tanto, millares de pequeñuelos acusaban al cielo con bostezos el hambre, y millares de madres sentían penetrar en sus nervios el horror de la inanición fulminante.

Y entonces apareció el alma de la Mujer, de la primera Mujer humana y universal, Hija de todas las madres, Madre de todos los hijos, Hermana de todos los hermanos y Esposa de todos los hombres.

La primera que ha realizado en la práctica la utopía de Cristo: *sois hermanos*.

Y dió su pecho á todos los hijos, y partió su pan con todos los hombres, y asió del brazo á todos los ancianos.

Y ofrecióse á nutrirles con su sangre cuando faltara la harina en la artesa.

Y el mundo quedó maravillado.

Que jamás fué soñada la realización de esta divina utopía.

Y todos preguntábase: ¿Qué es esto?...

¡La Aurora del nuevo día que viene á disipar la horrible pesadilla de esta noche de treinta siglos!

El primer rayo de luz que viene á herir al hombre futuro en su misma infancia.

¡Y el propietario no tiembla!

¡Y el viejo Estado no comprende!

No comprende que en las guaridas del Hambre explotada ha comenzado la emigración de los hijos que aprenden á huir de la vil esclavitud antes de conocerla.

No comprenden que tras los hijos irán las madres, como tras los cachorros la leona.

No comprenden que tras el hijo y tras la madre irá el padre buscando la saturación del alma para aliviar la extenuación del cuerpo.

No comprenden que en las bocas de la mina y en la fachadas de las fábricas, el Tiempo irá escribiendo este rótulo:

«Propietarios: traed vuestros hijos y mujeres si queréis saciar vuestra codicia. Devorad los vuestros, que ya los ajenos huyen. Os dejaron vuestra propiedad y se llevaron el Hambre. El Hambre que, cansada de arrastrarse como la hormiga, cogió alas y voló... Propietarios: ahí tenéis vuestras propiedades. Quizás vuestras sombras las fecunden.»

¿Qué tal os parece el trabajo vil? No trabajéis: consumíos. Comed el mineral de vuestras minas y el heno de vuestras praderas; cazad como los zorros y como los tigres, en vuestros cotos.

La Huelga... Maldecís la huelga vosotros que jamás dejásteis de holgar... Maldecís la huelga ajena porque ella os condena á vosotros al Trabajo...

El Hambre es la Muerte. Huye de la Muerte, Pueblo... Los ricos huyen del Hambre. Huyen, saltando todos las vallas de la honestidad y de la ley. Huyen atropelladamente. ¡Cómo huyen!

Huye tú también... Enseña á huir á tus hijos... Huid de vuestra Hambre... y á vuestra huida dejad en pos el Hambre para los otros... ¡Haced con ellos lo que hicieron con vosotros!... Preparadles hospicios, asilos, hospitales y cárceles... Y hacedles el bien que os hicieron.

Pueblo ¡oh Pueblo, alma mía! ¿Es qué ya te haces consciente? ¿Será posible que decidas recoger los muertos y heridos de tu ejército, y ya no los dejes en el arroyo á merced del enemigo?

¡Oh, Pueblo!... ¿Es posible que hayas llegado al uso de razón?

¡Sí!... ¡Sí! El pueblo vizcaíno ha descubierto el problema. El anciano inutilizado, el obrero sin trabajo, el hijo huérfano hallarán un hogar en cada hijo del Pueblo... Y en ellos tendrán su casa y no la ajena.

Y ya no habrá prisioneros de guerra. ¿A dónde irán á buscar los hospicios, los explotadores de hospicios?

¿A dónde los asilados, los explotadores de asilos?

¿A dónde sus enfermos, los explotadores de hospitales?

¿Qué harán de sus sentimientos de caridad los caritativos usureros, los altivos tiranos y los hipócritas sacerdotes?

¿Qué harán ellos cuando se encuentren solos con su hipocresía, con su tiranía, con su rapacidad y con sus tesoros?

¿Qué harán cuando los millones acumulados no les presenten cifra en el Asilo futuro que piensan fundar como manantial de caridad, sino que les recuerde solamente los destrozos causados por la rapacidad en la familia del pueblo?

Esta es la gran huelga; más grande que la huelga del Trabajo. Es la huelga de la mendicidad, la huelga del abandono, la huelga de las víctimas que condenará á huelga forzosa al ejército explotador de la beneficencia. No habiendo víctimas quedan muertos los redentores.

Pueblo: tú te redimirás.

¡La aurora! ¡La aurora!...

Invitación

EL MOTÍN invita á la prensa liberal española á promover el día de la salida del Nuncio una manifestación imponente, lo más imponente posible, conjurándose los concurrentes para formar muralla con sus cuerpos para impedir después la nueva entrada.

Es hora de acabar con los extranjeros que no tienen más misión que explotar, arruinar y traicionar á nuestra patria.

La guerra civil

Allá por el año 1879, y cuando las impresiones de la última guerra carlis-

ta estaban muy vivas aún, escribí con ese mismo título el artículo que reproduzco á continuación, por si resultare cierto que el Vaticano trata realmente de promovernos una nueva guerra:

«Que un día ú otro, mañana ó dentro de diez años, de veinte años, con monarquía ó con república, ha de estallar la guerra civil que se viene elaborando en conventos, iglesias y asociaciones religiosas, nadie lo duda, ni nadie tampoco podrá evitarlo. Que crezca y se desarrolle, esto sí que está ya en nuestra mano impedirlo.

Medios para lograrlo hay muchos; hoy me limitaré á indicar algunos de los que deben adoptarse inmediatamente que estalle, á fin de que la opinión se vaya formando poco á poco, y, llegado el momento, obremos sin vacilaciones.

En el instante mismo que se reciba en cada localidad la noticia del levantamiento de la partida más pequeña, deberán reunirse todos los ciudadanos que amen la libertad, sin distinción de matices, y, armados de palos, picas, fusiles, escopetas y algún cartucho que otro de dinamita por lo que pudiera ocurrir, dirigirse á los conventos de frailes de sus distritos respectivos. Lo que allí deban hacer, lo determinarán las circunstancias; pues aparte que no pueden fijarse reglas generales para estos casos, conviene dejar algo á la iniciativa de los que que, por ser de la localidad, conozcan las salidas y entradas públicas y secretas de los conventos, y estén al tanto de los servicios que sus moradores hayan prestado al vecindario.

Se enviarán instantáneamente dos ó tres divisiones á las provincias sublevadas, al mando de jefes y oficiales que no tengan interés en prolongar la guerra, como sucedió en la última, y se les recordará, para que lo imiten, el procedimiento empleado por Prim en Montealegre. Y no estaría de más que se llevaran unos cuantos haces de teas para venir incendiando desde la frontera francesa acá todos los pueblos y caseríos que sirvieran de albergue y defensa á los carlistas, previa invitación á sus moradores para que los abandonasen, á fin de no causar más víctimas que las absolutamente precisas. Así daríamos testimonio de nuestro natural humanitario, y nos ahorraríamos municiones. Siempre es conveniente hermanar la utilidad con la economía.

Se sacará una fuerte contribución de guerra en toda España á las personas reconocidamente adeptas al carlismo, para que no carezcan de nada nuestros soldados y no pague el país los vidrios que rompa el clericalismo con boina. Y deberá hacerse tan equitativamente, y en tal proporción, y con tanta eficacia, que al acabar la guerra no haya aumentado en un céntimo la deuda pública y queden todavía unos millones de remanente para indemnizar á los liberales que hubieren sufrido pérdidas de cualquier clase.

Se traerán á Madrid los arzobispos, obispos y curas de influencia en el carlismo, y se les obligará (siempre respetuosos con el sufragio) á nombrar dos ó tres representantes de su seno, que vayan á convencer á los facciosos de la conveniencia de deponer las armas, quedando aquí en rehenes los demás

para responder subsidiariamente de la conducta de sus amigos; sabía y previosora medida que hará entender á todos, más que ninguna otra, el firme propósito de impedir á todo trance la guerra. Y es seguro que los elegidos para tan hermosa y humanitaria comisión, volverán con el ramo de oliva en la mano, símbolo de paz que hará palpar de alegría el corazón de todas las madres españolas.

Se incautarán los ayuntamientos de todas las alhajas de las iglesias para que los curas no las vendan y empleen su producto en balas y pólvora con que matar á nuestros soldados.

Se retirará toda clase de asignación al clero, para impedir que vaya á parar á manos de los carlistas y con nuestro dinero se nos combata; y se trasladará á todos los curas de las provincias insurrectas á las que estuvieren tranquilas, á fin de que puedan entregarse con todo sosiego á su misión de paz.

Apelando á estos sencillos medios, habría casi la seguridad de que las madres españolas no perderían en la lucha fratricida sus hijos; mas si á pesar de todo continuase, tengo otros planes en cartera, que reservo para darlos á conocer oportunamente, uno de ellos el de formar consejo de guerra á los curas en el instante que se recibiera en sus pueblos respectivos la noticia de haber muerto á mano de los carlistas un hijo de él.

Habría tal vez espíritus meticulosos que juzguen esto un poquillo fuerte, pero á esos debo decirles:

La guerra es lo anormal, lo violento, lo ilegal, y es hermosamente ridículo, pero ridículo al fin, pretender regularla como las demás acciones humanas. Si al comenzar la pasada se hubieran tomado las precauciones que indico para impedir el desarrollo de la venidera, ni hubiese alcanzado las proporciones que alcanzó, ni habría por ahí tantas madres sin hijos, ni tantos huérfanos, ni tantas ruinas.

Y no hay que olvidar que la guerra que se elabora hoy en los antros del clericalismo, ha de ser, sino impedimos su desarrollo, más terrible que las dos anteriores, porque es la última esperanza del jesuitismo y de todos los elementos que odian la libertad en Europa.

Conque á no dormirnos, ya que los carlistas se preparan para las eventualidades del porvenir; pues esta apatía se paga luego con ríos de sangre, mares de lágrimas y montes de oro.

Alguien juzgará peligroso los medios que propongo, por creer que la violencia puede arrastrar á muchos indiferentes al campo contrario. Error. Lo único que alienta á los que luchan en nombre de ideas caducas es la debilidad de los que deben combatirlos, y ahí está la historia que lo demuestra. En cambio, todos sabemos que en Francia no ha vuelto á promover guerras el clericalismo desde que el general Hoche apeló á medidas enérgicas en la Vendée.

He repasado ahora, já los treinta y un años, ese artículo, y lo encuentro tan justo, tan razonable y tan comedido, que sólo se me ocurre hacerle una ligera ampliación: aplicar á los conservadores clericales todas las medidas que, si llegara el caso, se adopten contra los

carlistas, lo mismo en sus personas que en sus bienes; ya que ellos, con su protección constante y decidida al clericalismo, han hecho posible la realización del deseo del Vaticano: promovernos una nueva guerra.

La equidad no debe ser nunca una palabra vana.

Dos atentados

Si cien vidas tuviera cada uno, y se le quitasen una á una en el cadalso, no podrían satisfacer la deuda de sangre contraída con España.

Me refiero á esos miserables que han alentado y protegido al clericalismo, para hacer posible una nueva guerra civil; llámense integristas, conservadores ó de la Defensa Social.

¿Y se habla de atentados! ¿Cuál mayor ni más infame que el de encharcar de sangre á una nación para que puedan seguir dominándola y robándola y asesinando los enemigos de la libertad?

Canalejas ¿modernista?

Así resulta, según el discurso que ha pronunciado el 29 de Julio en San Sebastián.

«No es anticatólico», y aún da á entender que es católico. «No es antirreligioso», y aun parece revelar un gran fondo de religión.

Pero no es católico á lo papisero, ni es religioso á lo inquisidor.

Estudiar el espíritu de Canalejas, que en estos momentos atrae la atención de todo el mundo político-científico, ha sido tarea imposible hasta aquí. Después de su discurso, ya no cabe duda: es católico-modernista, mejor dicho, es católico de la alta escuela clásica.

Su pregunta «¿Quiénes son ellos—los neos—para definir el catolicismo?», parece eco de aquellas formidables preguntas con que los eminentes Padres de la Iglesia se encaraban con el Papa en los grandes Concilios. Es la doctrina de las Universidades y de los monarcas católicos. Sí; el catolicismo es algo superior al Papa y á los obispos; algo superior al Concilio: es la esencia de la Iglesia, y no un efecto suyo.

Con esta arma combatieron á Roma los Estados, las Universidades y los Concilios. Esta es la doctrina modernista.

«No consentiré que los fariseos se apoderen del Templo», ha dicho. ¡Otra frase colosal, digna de Campomanes, de Mendoza, de Cisneros, de los más elevados estadistas: Con esta lente que distingue el fariseísmo de la religión, miraron la curia romana Felipe II, Carlos I y III de España, Felipe el Hermoso de Francia, Napoleón I y todos cuantos han necesitado ostentar gallardía doctrinal ante los ignorantes cardenales romanos. «Hemos de imponer la escue-

la neutra para extirpar de España la sarna del fanatismo.» ¡Muy bien, pero muy rebien!

La escuela neutra en religión; el maestro crítico de los sacerdotes; el sabio, juez de las teorías religiosas. ¡Sí, señor! Eso es ser católico de la gran cepa de San Agustín, que proclamó esta sentencia: «Nada debe ser tan voluntario como la religión»; es un acto libérrimo é individualísimo; el Estado no puede forzar por medio alguno esta libertad.

Además que la religión por fuerza no es religión, sino blasfemia; parece que murmura rezos, y murmura reniegos.

Tal es en puridad el credo modernista, ese que tanto pavor da á todos los clericalismos. Cristo profesaría este modernismo si volviese á aparecer en el mundo.

Falta que Canalejas sea consecuente hasta el fin, seguro de que en este programa le seguirán, no sólo los disidentes y librepensadores, sino todos los católicos honrados que trabajan por corregir y sanear de la roña papisera y de la rupia jesuítica la iglesia y religión de nuestros pasados. Con Canalejas gritamos: ¡Abajo los fariseos! ¡Viva la libertad de conciencia! ¡Abajo los tiranos y explotadores del catolicismo, todos los que «convierten en sustancia propia la religión!», según frase de León XIII.

Para ser religioso y cristiano no se necesitan prebendas, ni frailes, ni pieles de armiño, ni báculos de oro: basta «amar á Dios y al prójimo». Lo demás es cosa del Loyola y de los astutos sucesores de Nerón en el Sumo y Máximo Pontificado.

UN DOCTOR MODERNISTA

La cabeza del monstruo

El Papa ha felicitado y bendecido á los jesuitas vizcaínos que han amenazado á España con la guerra civil.

Y el Nuncio se comprometió á presidir el mitin preparatorio, que era la revista de reclutas.

Al estallar la guerra ¿no podría el gobierno español abrir una recluta internacional para ir á castigar al eterno conspirador contra la salud y la vida de los pueblos?

Ejército é Iglesia

La Iglesia detesta al Ejército, pero le utiliza para demostrar su soberanía sobre el Estado.—Son muchas los casos que prueban este odio y la sumisión de las autoridades.

«Deben ser leones al son de la trompeta, y corderos al son de la campana.»

San Bernardo: homilía á los templarios.

Cuando leo u oigo que los clericales nos acusan de enemiga contra el Ejército, no puedo menos de recordar el «no eres amigo del César», que gritaban

bajo el balcón de Pilatos las turbas israelitas llenas de odio al Imperio por sugestión de los sacerdotes y de los fariseos.

Es táctica sacerdotal: eterno juego doble de la perfidia eclesiástica.

La Iglesia española detesta al Ejército, porque es brazo de la Patria; su envilecido sacerdocio es por esencia la antítesis del patrio sentimiento. Y el Ejército, por su parte, confiado, como todo lo que es valiente, y en la errónea creencia de que el sacerdote es débil, no se da cuenta de esa feroz inquina, y la corresponde con generosa hidalguía.

Entre tanto, la Iglesia labora sin descanso por sojuzgar á la milicia y restablecer el prestigio, al mismo tiempo que la requiere para su defensa y la utiliza en el esplendor de sus divinas comedias.

Esa aversión es tan intensa, que á pesar del supremo arte sacerdotal del disimulo, no siempre logra velarla; á lo mejor aparece, como en el «Cut-Cut» clerical, con toda su negrura repugnante. El sacerdote católico, si por una parte no perdona ocasión de hacerse servir y escoltar por el soldado, por otra no sabe resistir, cuando la oportunidad se le presenta, el prurito de humillarlo. No olvida que cien veces le hizo morder el polvo en los campos de batalla y que armado lo encontrará si un día vuelve á la guerra de religión.

¡Y con qué reconcentrada saña aprovecha esas ocasiones!

Hace pocos años enfermó de gravedad un oficial de la guarnición de Carabanchel, quien pidió al párroco los auxilios espirituales. El los negó so pretexto de que en la casa del enfermo vivía una mujer que... el ministro de la Iglesia calificaba de manceba, porque sí. Fallecido el oficial, el clérigo, implacable en su odio, le negó la sepultura eclesiástica (á título de concubinario).

La oficialidad acudió al obispo de Sión, todo lo provario castrense que se quiera, pero eclesiástico al fin, el cual, lejos de salir por la institución armada que espléndidamente lo mantiene, se humilló ante el soberbio Guisasaola, obispo de Madrid, que amparaba el desafuero impío del párroco. El Ejército quedó sin defensa; nadie osó volver por su honor frente á la brutal potencia eclesiástica, y ésta se pavoneó orgullosa con su triunfo.

Silencio profundo en las filas ante aquel ultraje; mucha prudencia; sin ella, ¿qué habría sido del cura ofensor y de su jefe? ¿Qué del obispo de Sión? Y en el día del Corpus siguiente al triste hecho, las tropas formaron en la carrera de la procesión y escoltaron á Guisasaola, que, altivo y desdichoso, las miraba tan sumisas: podía ofenderlas sin riesgo; la Iglesia vale más, pues más puede que el Ejército.

¡Oh! El espectáculo del Ejército exornando procesiones desvanece á la Iglesia, la retrotrae á los tiempos en que las fuerzas armadas eran suyas y la confirma en su pretensión de dominarlas, vengándose de las derrotas que le hicieron sufrir en las guerras civiles. La refinada astucia del clero ha logrado introducir en las Ordenanzas militares el reconocimiento del dogma ilusorio de la Eucaristía con tanta intensidad, que las banderas de los regimientos de-

ben rendirse y alfombrar el suelo por donde ha de pasar la hostia de los curas.

Esta práctica se extrema á veces, como en las Baleares, hasta el punto de que las banderas son pisoteadas por los clérigos cargadores que producen las andas eucarísticas. Aun está reciente el último escándalo de Prensa que esta enormidad ha ocasionado, y vivo el sargento que en cierto pueblo mallorquín fué procesado por negarse á consentir que los curas hollaran el pabellón español.

En Madrid ocurrió, en una procesión del Corpus, que el oficial abanderado de uno de los regimientos que guardaban la calle Mayor, al rendir, genuflexo, la bandera ante las andas de la custodia, dijo en voz alta, oída por los jefes y por el público:

—Ahí la tenéis, curas, por los suelos; pero, preco... jines de sedal, al que la pise le atravieso el vientre con el hierro de lanza que la remata.

Y no la pisaron; la cara del militar aparecía poco tranquilizadora.

Cuál no será el orgullo sacerdotal con relación á la milicia, que el ex-magistrado Izquierdo, primer obispo de Madrid (1885), cuando estaba en Getafe en espera de la hora de su entrada solemne, envió al capitán general este insolente ukase: «A las cinco de la tarde, «Nos» haremos nuestro ingreso en la capital; mande V. S. tender militarmente la carrera.»

El capitán general, que era Pavía, contestó á la imperativa orden: «Iustrísimo señor: las cinco de la tarde es la hora del rancho.» Y no hubo tropas en la apoteosis del necio palurdo convertido en mitrado.

¡Si los militares hablaran! No nos fijamos en los frecuentes ajeteos, en las molestias, á veces en los detrimentos de su salud, que les cuestan las procesiones y los jolgorios del clero, que, á costa del soldado, se da importancia regia. ¡Y ahora! A cada momento se ve «invitada» la oficialidad de una población á asistir de uniforme y hasta con vela, que cada individuo ha de costearse, á un cortejo organizado por carlistas, por separatistas, por frailes, todos ellos enemigos del Ejército, de la Patria y aun de la dinastía.

Así bautizamos el instituto armado: hay que mediatizarlo; que sea un león contra los moros esos de las minas, y un lacayo, un luis, para nosotros. El P. Sanz trabajó, en unión de Comillas, para crear un periódico militar destinado á los cuarteles. El intento suscitó la oposición militar bastante para frustrarlo.

Otro jesuita pretende introducir ahora en las filas unas hojas llenas de insultos al Ejército y de invitaciones á sublevarlo por la causa clerical: «El que no se muestra fervoroso católico, no es buen militar», era su síntesis. No prosperó el ardid, ¡atrás los traidores!, os conocemos.

No mucho, por desgracia. El Ejército ignora que cuando al obispo de Cuenca, Moreno Mazón, hubo que sacarlo de su diócesis por escandalosamente indigno, se pidió para él el patriarcado de las Indias. Negábase León XIII; pero en cuanto le dijeron: es cargo castren-

se; ¡ah!, exclamó, ¿para los militares? Van bien servidos.»

La frase vale por un libro.

Los militares algo se dan cuenta de esta política de la Iglesia: observan y sacan consecuencias. Callan la mayoría; otros, en ocasiones no pueden contenerse.

En Santa María, de esta corte (1908), el cura González Pareja, excriado de servir, insultó en un sermón al Ejército. Un oficial allí presente protestó á grandes voces, hubo escándalo, habló la prensa. El clérigo quedó impune; era de esperar; mas con el militar no se metió nadie; fué muy elogiado.

Caso igual es el de Tarragona, en la mañana del día de Santiago. Desde el púlpito de la catedral, y con motivo de una función organizada contra el gobierno, el canónigo Balcells solivianta á la concurrencia y le pregunta si está dispuesta á tomar las armas por la Iglesia contra el Estado.

El que es preguntado puede emitir el sí ó el no con pleno derecho. Un capitán, responde ruidosamente: ¡No!, y protesta enérgico.

Nada más natural. Ese capitán, como el citado de Santa María, sabe que el predicador lo que pide es un acto faccioso, otra guerra civil; conoce al clero y á la Iglesia, no se le ocultan sus instintos sanguinarios anarquizantes, y como fiel á su nación y á su instituto, lanza, valeroso, el «no» rotundo y la protesta ardiente.

Pero no en vano progresamos. Cuando mandaban los conservadores, el oficial que protestó en Santa María no fué molestado; ahora bajo el poder de Canalejas, el pundonoroso capitán se ve premiado, por defender al gobierno, con un molestísimo proceso, porque así lo quiere el arzobispo. El reo de excitación al crimen, tranquilo, mimado y próximo á un ascenso.

No hay lecciones, aun para la milicia, como las de hechos. Realmente, nuestro Ejército en todo lo se muestra heroico, hasta en sus relaciones con la Iglesia. Pídale ésta á Dios que así continúe indefinidamente.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Plan de campaña contra los criminales provocadores de la guerra civil

1.º **Pueblo:** El soldado es hijo tuyo: al matar un soldado, matan á tu hijo. El padre, antes de ver matar al hijo, mata al asesino. ¿Cómo?... ¿Cómo puede... según las leyes de la paternidad!

2.º **Pueblo:** Entre los desgraciados que van á las filas rebeldes, hay ignorantes, hay malvados, hay imbéciles y hay foragidos. Tú eres culpable, por no haberte antes redimido, de la ignorancia y de los engaños. Los imbéciles son irresponsables; sólo los otros merecen castigo.

3.º **Pueblo:** Antes de herir al inextinguible mozo que está entre los facciosos, procura castigar á aquel que le indujo á la facción.

4.º **Pueblo:** Este esfuerzo del cleri-

calismo es la última convulsión de la sierpe desesperada. ¡A cortarle la cabeza! ¡A acabar para siempre con ella! ¡A librar á nuestros hijos y nietos de sus asechanzas!

Conformes

Hablando de la ruptura con Roma, dice *El Radical*:

«Si llegara, por esta contienda religiosa, el caso tristísimo de una nueva guerra civil; si los carlistas y reaccionarios de toda laya, empujados por el Vaticano, provocaran luchas fratricidas, entonces nosotros dejaríamos de estar en la oposición para colocarnos al lado de todo gobierno liberal, fuese el que fuese, que hiciera á la reacción y al carlismo una guerra sin cuartel.»

Este fué siempre mi criterio, á pesar de que en ocasiones me vi combatido por algunos republicanos.

Para ir contra el carlismo, *seré ministerial* de todo gobierno que lo combata.

FUEGOS ARTIFICIALES

El día de Santiago celebraron un mitin los tradicionalistas en Sevilla. Júzguese de todo lo que dirían por las co-sillas que voy á copiar.

En el local había muchos curas; ¿cómo no, tratándose de carlistas? Y muchos jóvenes con boina. Como no se exigió que los concurrentes estuvieran en perfecta integridad orgánica, vaya usted á adivinar el número de estropeados que habría entre ellos.

Rompió á hablar un Sr. D. Jesús, levantando una calumnia infame á los ladrones y asesinos que pelearon por D. Carlos en la última guerra, pues los calificó de víctimas.

Un Sr. Campos habló bien del señor Santiago (el apóstol) y mal de Canalejas y hasta de Maura, por poco religiosos. ¿Qué querrá que hagan estos dos políticos para demostrar que son católicos? Como no vayan á la frontera y nos traigan del ramal al Jaime que cobra, como su papá, por estar quieto, no sé qué más pueden hacer.

Y después de ponernos verdes á los republicanos... (no, verdes no; rectifico; de habernos puesto verdes, los carcas se hubieran echado á cuatro patas para pacernos), dijo «que los tradicionalistas vuelven los ojos á D. Jaime, pidiéndole que venga á salvar á la patria, pues él es la única esperanza que á ésta le queda para no caer en el caos». (Aquí los concurrentes echaron al aire el cuarto trasero y se propinaron un concierto de herraduras.)

Un Sr. Rull gruñó esto á los liberales: «Os maldecimos, porque representáis principios malditos, que hicieron que España fuera á la zaga de Francia, donde se enseñorean triunfantes la depravación y el vicio, y porque queréis entregar la patria al judaísmo y al masonismo.»

Después se echó sobre Maura, tachándolo ¡horror! de liberal; agregó que el león español sacude su melena, (¡qué figura retórica más nueva cita!), pues ya los carlistas se preparan á la lucha en

Cataluña, en Navarra, en Mallorca y en España entera. (Nuevo choque de herraduras y coro de rebuznos.)

Elogió también á los pobrecitos mártires del carlismo, y dijo que gracias á ellos, que dieron su sangre generosa por sus ideales, aún pueden ir á misa los católicos en España, aún se le paga la Iglesia y aún hay frailes. (¡Pues vaya unas gangas que le debe España á esa chusma!)

A este valiente... (cochino iba á llamarle) siguió un Sr. Herrero (á quien se lo llamo), que comenzó invocando el *Quijote* (que nunca fué á misa por cierto). Dijo «que desearía estar en las montañas para combatir arduosamente por los ideales tradicionalistas y fusilar á los enemigos de la patria y de la religión»; añadió que odiaba lo mismo á los liberales que á los conservadores, y sobre todo á Maura, á quien tenía montado en las narices; y después de unos cuantos escarceos (*burriceos*) artísticos, literarios y filosóficos, declarando «que quería un rey, porque sin rey no se sabrá qué hacer ni de la corona de Recaredo ni de la espada de Bernardo (digo, de San Fernando); pero que no quería un rey de los que ahora se usan, que sólo sirven de befa é irritación, sino uno que mantenga las gloriosas tradiciones españolas; y si no fuera así, maldeciría y daría su sangre por quitarlo del mundo»; y acabó manifestando que hay que saltar del siglo actual al siglo XIII, y amar la intransigencia y la Inquisición, vivir en su religión y en su arte.

Y acabado el discurso de este escarabajo rabioso, y á los acordes de la Marcha Real, se dieron vivas á España tradicionalista, á D. Jaime y á las señoras carlistas.

Todo el coraje que los carlistas de Barcelona economizaron el año pasado por ahora, lo están derrochando actualmente los de toda España; creen que manda Maura todavía y que pueden continuar vociferando imponentemente.

¡Qué desengaño van á llevar esos valerosos charlatanes, si se atreven á poner en práctica lo que predicán! Ya verán lo que les espera. España está ya cansada de verse detenida en su marcha hacia la civilización por esos rezagados de la barbarie católica.

Telegrama de Roma

El Vaticano ha convocado el Estado Mayor. Trátase de nombrar capitán general del ejército vizcaíno-pontificio al jefe de la guardia suiza. Otros proponen al general Linares; Merry del Val se opone. El sacro colegio hace rogativas para resucitar á Simón de Montfort.

¡Vergüenza, vergüenza y desvergüenza!

El presidente del Consejo ha declarado haber recibido la felicitación del profesorado oficial de Holanda y de los grandes intelectuales del mundo, animándole á proseguir la campaña anticlerical.

¿Y las academias nacionales?

¿Y el profesorado nacional?

¡Frailes!

Menos que frailes: demandaderos monagos de frailes...

Tiene razón el obispo de Madrid-Alcalá al culparles del atraso intelectual de España.

¡A la reacción, neos!...

La primera medida que habrá de tomar la República, será abrir á oposiciones las cátedras á todos los sabios, sin distinción de nacionalidad. Veremos cuántos nacionales conservarán la suya. ¡Catedráticos... de seminario!

Celi-radiograma

«Cristo acaba de telegrafiar al Perico sucesor de Pedro: «Envaina esa espada, que el que á hierro mata á hierro muere.—*Jesucristo*.»

Respuesta: «No me da la gana, y ya lo veremos; será lo que tase un sastre.—*Perico*.»

¿EN QUÉ QUEDAMOS?...

«No; yo no puedo arrancar de esos brazos cariñosos, de esa amorosa tutela, insustituibles, á tanto anciano enfermo y huérfano... Esto sería propio de un hombre malvado...»

(Canalejas al Senado.)

«El Gobierno que preside jamás se ha propuesto de cerca, ni de lejos, directa ó indirectamente, atacar en lo más mínimo los derechos de la Iglesia, institución inviolable, eterna, cuya existencia no depende de la buena ó mala voluntad de los gobiernos. Sería locura atacar su vida...»

(Canalejas á *Le Journal*.)

Bueno es que recordemos una vez más lo que ya he repetido en varias ocasiones y en diversos periódicos: que las ocho ó nueve plumas que en España hacemos crítica religiosa *verdad* jamás nos hemos enterado ni mucho con los pujos anticlericales de Canalejas; es más: hemos afirmado que este señor no ha nada positivo ni estable en esta materia. Razón: las revoluciones y reformas racionales en materia religiosa no las puede hacer, ni las ha hecho jamás, un laico ayuno en ciencias eclesiásticas. Combes hizo lo que hizo, porque era teólogo y había sido fraile agustino: conocía el paño admirablemente. Nakens ha descatalogado al pueblo, porque ha hecho un estudio perfecto del alma clerical y de sus ponzoñosas teorías.

Canalejas habla de la religión católica con el mismo criterio que podría hablar su cocinera. No existen ahora políticos ni ministros que conzan á la Iglesia al dedillo como aquellos de en tiempo de Carlos III, Carlos IV, y aun de Fernando VII, que por eso hacían lo que hacían, y se les temía en Roma. Eran teólogos y canonistas; conocían dónde estaba el talón del Aquiles eclesiástico, y una dentellada suya

hacia más daño a la Iglesia que cien cerones.

Canalejas sabe de la Iglesia lo que todos los abogados españoles: cuatro generalidades históricas de derecho canónico, y nada más. Preguntad á este señor, ó á Maura, La Cierva, Azcárraga, Polavieja, etc., etc., qué es el dogma católico, en qué se funda, qué artículos abraza, cuáles son las prerrogativas de la Iglesia, las notas que distinguen á la religión verdadera de las falsas, quién es Cristo y cómo conciben su unión con la carne mortal, cuántas naturalezas, personas, inteligencias, etc., hay en él, y se quedarán todos estos señores confusos, humillados, sin saber qué responder. De modo que todos esos desplantes, arrogancias, decretos, opresiones, represalias, etc., son en pro de una religión cuyo cuerpo doctrinal desconocen en absoluto. Por tanto, defienden y tratan de imponer á los demás una cosa que no saben lo que es, ni en qué consiste, ni qué pretende, ni qué es lo que abraza, ni qué teorías profesa. Es decir, que en materia religiosa están al nivel de la vieja campesina beata que se derrite en lágrimas ante la imagen de San Roque.

—A nosotros nos basta—dirán,—como buenos católicos, abrazar y sostener todo lo que abraza y sostiene la Iglesia.

No es cierto; ustedes, como católicos y directores de los destinos de una nación católica, están obligados á saber todo lo que el catolicismo abraza y el engranaje de sus dogmas. Ni los saben, ni se rodean de personas que puedan enseñárselos. La Iglesia católica alardea mucho de su magisterio universal, pero no lo ejerce con nadie. No le conviene que sus puntales y el brazo secular pasen de la superficie de sus teorías, y eso así, en general. Si le preguntáis á una beata flatulenta, de esas que no tienen más misión que calentar los suelos de las iglesias, como decía fray Luis de León, qué opinan respecto á las Ordenes religiosas, os contestará seguramente:

—Son lo mejor y más preciado de la Iglesia, necesarias é insustituibles, porque sin ellas, ¿qué sería del enfermo, del huérfano, del anciano y del mendigo?...

Lo mismo que ha dicho el Sr. Canalejas, y lo que han repetido las damas aristocráticas, los neos de todos los matices y los clericales de todas las cataduras. Esto, que pudiera tolerarse en una devota de ruin intelecto, es incomprensible dicho por un jefe de Gabinete, hombre culto, que ha viajado y que conoce á Europa. En los Estados Unidos, América del Sur, Inglaterra, Alemania, Francia, etc., existen infinitos hospitales, asilos, refugios y casas de caridad mucho mejores que los nuestros, sin que en ellos se haya visto jamás la toca de una monja ni la capucha de un fraile. Luego no son insustituibles, y el decir eso es una majadería imperdonable en ciertos labios.

Volvemos á preguntar á la beata del rapé y del rosario mugriento:

—¿Qué opina usted de la Iglesia?

—¡Ah, la Iglesia! Es una institución inviolable, eterna, cuyos derechos no puede atacar ningún gobierno sin cometer una locura insensata, que vive y vivirá á despecho de todos los gobernantes y...

—Basta, basta. Habla usted como un presidente del Consejo.

Esto se concibe en la vieja traga-santos, porque lo ha oído así millares de veces en el púlpito, lo ha leído en rancios libros de devoción, y así se lo han sugerido en el confesonario; pero no se le puede tolerar á Canalejas que se exprese así, porque entonces este señor está representando en el poder la farsa más indigna, y va en contra de las convicciones de su conciencia de católico.

¿En qué quedamos? ¿Son insustituibles los frailes y las monjas? Pues usted perjudica á la nación poniendo trabas al desarrollo y prosperidad de esas entidades, sin las cuales no hallarían calor ni brazos cariñosos que los amparen el enfermo, el huérfano y el anciano.

¿Es la Iglesia inviolable, eterna, con derechos inatacables para todo gobierno, y con vida propia, que de nada necesita el apoyo civil? Pues usted comete un crimen entorpeciendo su marcha, coartando su libertad, cercenando sus privilegios y atacando sus prerrogativas. Además, si es eterna, es que es divina, pues sólo lo divino es eterno, y siendo así, no existe potestad alguna terrena que pueda oponerse á su avance.

Vea Canalejas la manera de armonizar su conciencia y sus creencias de católico con sus alardes de político anticlerical: sea lógico y consecuente ante todo. Si cree que los frailes y las monjas son insustituibles, como dijo en el Senado, déjelos en paz, y no realice la obra de un hombre malvado. Si tiene la convicción de que la Iglesia es inviolable, con derechos imprescriptibles, eterna, con vida superior é independiente, como lo cree Maura, entonces huelga todo su programa y todas sus alharacas de clerófobo.

Canalejas, como todo el que lleva una cosa en el corazón y otra en los labios, duda, vacila, desfallece y se contradice á cada paso.

Si le asusta su obra, vuélvase á su bufete de abogado, y deje á Maura el camino expedito.

Quizás fuera lo mejor... para nosotros.

FRAY GERUNDIO

Lo que hace la Iglesia con las Virgenes

Indicios criminales

Teresa Torres Martín fué de niña dejada por sus padres á merced de los buitres de la Iglesia.

Monjas, curas, frailes y damas católicas pudieron introducir en la conciencia de aquella criatura todas cuantas inmundicias hipócritas encierra el arte de la seducción.

Sus padres fueron á vivir á la calle de Blasco de Garay, frente al convento de Concepcionistas, no se dice de qué clase de concepción. Entre la Sor San Antonio, la Sor Sol y demás Sores, ayudadas por los frailes de al lado, por las monjas de los Dolores y por el P. Matías, la niña Teresa llegó á concebir, los odios de la piedad primero, y el furor monjil después.

A cambio de estos concebimientos de la hija, los padres recibían ciertos favores de las damas católicas, cuya esplendidez es tal, que jamás un misera-

ble de ellos socorrido dejó de serlo una vez más desde que ellas le socorren.

Llegada á mocita, Teresa tenía un buen ver y apetitosas carnes; Don Matías, corredor de amores del Espíritu Santo, le dió á entender que Dios andaba perdido de amores de ella y que la daba cita en el convento de Oblatas de Ciempozuelos. Estas tales Oblatas son las que ejercen las industrias de explotar sus presidiarias haciéndolas trabajar en varios oficios á trueque de un misero rancho.

Un día desapareció Teresita sin despedirse de sus amigas. Dios es amigo de estas fugas que sorprenden al vecindario. Se supo que estaba en Ciempozuelos.

A los dos años ha salido de allí.

En la hora que recibo estas cuartillas, en el Depósito judicial se está practicando la autopsia de su cadáver.

El Espíritu Santo frailuno, ha devuelto su esposa á la familia «con arañazos en el cuello y en los muslos», consumidas sus carnes, delirando horrible pesadilla, demente y muda.

Cuando en un convento aparece un crimen como el del P. Peters, los jesuitas declararán que se degolló él mismo. El gobierno no se cuida de acreditar con los dictámenes judiciales el testimonio de los frailes.

Aquí tendremos que Teresita se arañó á sí misma en los muslos, ella misma se mató de hambre y ella misma se alocó.

Es posible que la ciencia oficial de España no sepa el modo de medir las uñas por los arañazos, ni sepa hallar en el organismo los residuos de los venenos que producen la afasia, el delirio y la pérdida de la memoria.

Es muy posible que este crimen indicado no obligue al Gobierno á pasar una inspección rigurosa en los conventos para asignar el estado mental, moral y fisiológico de las aisladas.

Pero Teresita Torres ante la conciencia pública se apunta desde ahora en la lista de asesinatos perpetrados por la Iglesia. Es una Lila víctima de la Trata de Lilas privilegiada por el Estado Español.

La Defensa Social está ejerciendo la acción popular contra el auto del atentado de Maura. Si en España hay Masonería, ella ejercerá la acción popular contra los responsables de la muerte de Teresita Torres.

ADVERTENCIA

Si EL MOTÍN dejare de ir á alguna población de las que va hoy, será porque el correspondiente no ha pagado ó se ha vendido á los clericales, por miedo ó por dinero.

Y en cualquiera de ambos casos pueden suscribirse directamente los individuos que deseen continuar leyéndolo, auxiliando así á la propaganda anticlerical.

El amor en el patíbulo

El Padre José Le Bon y Mimie

En Francia entre otras muchas leyendas trágicas que dejó el Terror, hállese una en la cual el contraste parece haberse fraguado de propósito para dar realce a la escena.

«Los sobrevivientes a las hecatombes de Arras y Cambrai—dice un crítico—desfilan ante la sala del Bailli de Amiens, durante el juicio del convencional; lo que cuentan estos fantasmas parece una terrible pesadilla. Calles enteras han sido despobladas; viejos nagenarios y doncellas de dieciséis años han sido ahorcados y degollados después de un juicio ridículo; la muerte ha sido befa, mascarada y saboreada; las ejecuciones, a los acordes de la música; batallones de niños rinden guardia al catafalco; una novela de Sade convertida en epopeya...»

Este espectáculo parece reproducirnos algo de lo que debió ocurrir en el Circo Romano; algo de lo que debieron ser más tarde los Autos de Fe, convertidos en solemnidades de corte y en festejo de los reyes.

La escena es sumamente trágica. Sobre la misma guillotina que va tronchando las cabezas de los sentenciados, presiden la macabra fiesta desde un balcón, dos jóvenes en plena luna de miel, rodeados de cinco individuos que comentan con chistes las muecas de las aterrorizadas víctimas. Este tribunal que ríe es recordado con espanto por los franceses. No son foragidos traídos de la selva; no son criminales evadidos de la prisión; son cinco jóvenes de exquisita cultura y de fino espíritu, educados en el sacrificio por el prójimo y en las prácticas del más ardiente amor cristiano. Son cinco individuos profesores y alumnos del Oratorio de Arras y del colegio de Beaune de los cuales el jefe, lleva por singular apellido *El Bueno* (Le Bon), para completar el contraste de los hechos con los nombres.

Hace apenas dos años el Padre José Le Bon, no era sólo un buen religioso; era un verdadero apóstol infatigable en los ministerios de la orden; su actividad llega a todas partes.

¿Qué horrible catástrofe ha pasado por su espíritu? Tiene un apellido «El Bueno» confirmado por la historia de veintiséis años; tiene un sobre-nombre, «El Monstruo», ganado con millares de ejecuciones que ha ordenado.

El Monstruo y el Bueno es el mismo sujeto, el mismo espíritu, la misma lógica.

Si en la plaza de Arras, él, su mujer y amigos sirven de extremo del contraste con sus víctimas, en sus corazones la tragedia no es nueva; en sus cerebros, otras son las víctimas que lloran y los verdugos que ríen. Y estas risas y contorsiones de allí dentro se proyectan fuera en aquella enorme realidad, cambiando solamente las risas y muecas de los personajes.

Los que ríen dentro están aterrorizados fuera.

Hay un simple fenómeno de tiempo y de forma que vamos a analizar.

Arras ha sido teatro de muchas escenas. Cuando los franceses pusieron sitio en aquella villa a los españoles, éstos escribieron en una de las puertas:

Quand les français prendront Arras
Les souris mangeront les rats.

Entraron los franceses; conservaron deleitosamente la inscripción macabra; sólo quitaron la *p* del *prendront*; catorce años más tarde, los españoles aliados de Condé, eran allí batidos por Turenne. La inscripción que allí pusieron les recuerda su sarcasmo invertido.

En la frente de Lebon, una mano invisible ha hecho el mismo cambio de letra de la inscripción que sirvió de lema a su alma.

El público no acierta a ver este cambio.

En Arras nacieron y fueron amigos de Lebon los hermanos Robespierre; como les juntó la suerte en la cuna, había de juntarlos en la muerte.

José Lebon, hijo del pregonero de ventas de la villa y de su piadosa mujer, de niño se siente con vocación. La vocación de los niños no es suya, sino de los otros. Nada pueden saber ellos de la vida; quieren a los padres, quieren lo que sus madres quieren.

Los padres de Lebon, como muy piadosos, tenían vocación a hacer un hijo santo y lo lograron; José era «dócil, virtuoso y listo»; en 1789 se ordenaba después de haber ingresado en el Oratorio; desempeñaba su misión con la perfección de un espíritu dócil, con la ejemplaridad del virtuoso y con el acierto del talento. Era un apóstol. Catedrático de retórica, sus alumnos le idolatraban; idolatraban los superiores, con ellos el pueblo; su madre había realizado el sueño de madre «tener un hijo santo»; Lebon había realizado el sueño de hijo «ver feliz a su madre».

El amor de madre en el clérigo, y más en el religioso, adquiere una forma particularísima, principalmente en los espíritus finos y vehementes. Es el amor que resume todos los amores y del cual todos los otros son sacrificados. Para la afectividad, la madre sorbe el cariño de esposa y de hija; es un ídolo sacratísimo.

El clérigo necesita exaltar este amor para perder de vista a los otros; necesita exaltar la dignidad de madre y el sentimiento filial para que resulten dignos del sacrificio de los deberes de esposo y de padre.

Este amor es el principio y luego resulta el fin temporal de la vocación: la Iglesia no puede pagar al individuo el sacrificio que éste le hace de su amor, de su hogar, de su vida póstuma. ¿Qué precio puede darle por unos hijos y por una esposa? Pero la madre puede compensar. Una sonrisa, una bendición y una alegría de la madre son de infinito valor; estos hechizos hacen olvidar todos los otros.

¿El amor conyugal? El prudente y virtuoso P. Lebon, no puede, no debe, no quiere mirarlo; el exceso del trabajo le ayuda a distraerse de él y a burlar sus acometidas. Si acaso la mujer se presenta a su imaginación, su madre surge en su corazón y ahuyenta el amor sensual con el aliento de su amor purísimo. Lo más que conseguirá el amor será hacer caer al joven y celoso padre en los vicios compatibles con el celibato, cuya fealdad por ser secreta, no mancha

la hermosura de la profesión pública. El caerá en estos vicios, pero los guardará en el secreto de su conciencia, los lavará en la legía de la confesión, y los espíará con su trabajo incesante; será pecador delante de Dios y de sí mismo, será el hijo virgen ante todas sus madres; ante la santa Madre Iglesia, será santo y apostólico; ante la madre sociedad, será ejemplar propagador del bien; ante su madre, será el hijo que se sacrifica por ella.

¿Qué vale la fealdad de aquellos vicios secretos, ante la hermosura y resplandor de estas virtudes públicas?

Un día llevando los alumnos de paseo éstos se le escaparon para ir a la fiesta de un pueblo próximo; el profesor volvió al colegio solo y desolado. El superior le hace tales cargos, que el Padre se ve obligado a tomar el camino peregrinando en busca de los discípulos. Los encuentra y los junta, y como pastor habiendo encontrado su rebaño, siéntese «ebrio» y loco de alegría. No sabe lo que hace, sus emociones han sido muy fuertes, al pasar por la plaza del pueblo arroja el alzacuello; al llegar al colegio, hace entrega de los muchachos, y se despide de la Orden.

Este pasaje me es deficientemente conocido; no puedo analizarlo.

Durante la noche reflexiona. ¿Y su madre?... Lebon se arrepiente y vuelve a la Comunidad, como «hijo pródigo». Si el hijo pródigo estaba ya convertido, su Madre la Comunidad es inconvertible; la Iglesia despide a sus hijos sin legítima, quedase con su juventud, con el sudor de sus estudios y con sus trabajos; arrojados a la calle, y si acaso vuelven a ella, la madre tacaña cierra sus puertas al hijo pródigo que todo se lo dió a ella con inexperta prodigalidad.

Rechazado Lebon, vióse obligado a refugiarse en Verdum, en casa de un alumno; no se atrevió a ir a su casa.

Mil doscientos francos que su hermana Enriqueta dió a Renan salvaron a éste de las garras de la Iglesia y de las garras del vicio infame, único paso que la Iglesia deja abierto a sus hijos; Lebon no tuvo esta hermana de mil francos.

He aquí uno de los juegos que salieron mal a la Iglesia y a sus fieles de Arras y Cambrai.

La Iglesia se conoce a sí misma, pero no conoce a sus hijos. No sabe que ella es hija de los hombres, y que lo que unos hombres hacen con el tiempo, otros pueden deshacerlo en menos tiempo del que se necesita para hacerlo, si está bien hecho.

El P. Lebon, había sacrificado de por vida su libertad a la Iglesia para realizar una ilusión de su madre; la Iglesia rindió inútil el sacrificio; devuelve el hijo a su madre, inútil, ciego para el mundo, manco para el trabajo, infamado con el ridículo y sellado con el fracaso. Un hombre que no sirve para nada. Un hombre que no sirva para nada ¿para qué servirá?

Lebon, al romper con la comunidad, sintió las cadenas eclesiásticas, las de la carrera y las del tiempo. Pero al romper su ilusión filial se rompía la cadena principal.

Al proclamarse la Constitución civil

del clero, el padre se afilió á ella. El clero puritano que se servía de la fuerza antigua para oprimirle y sitiarse en la miseria, no podía ver con buenos ojos que el Padre se redimiera y se asiera de esta cuerda que se le tendía en el ahogo, para salvarse del naufragio. El antiguo clero, no pudiendo romper la cuerda trataba de atarle á él las manos: el pecado de no resignarse á morir en el sitio de hambre bochornosa, que se le había creado, pareció á los religiosos y prelados un crimen digno de ser llamado «renegado».

Lebon calculaba que era mejor un renegado que un muerto; el pueblo fiel, no pudiendo destruirle á él, atacóle en la fibra más delicada de su corazón: en su madre. «Tu hijo es un renegado... un enemigo de Cristo... un aliado del diablo... un monstruo... un Judas...» La pobre mujer no supo defenderse á sí misma ni á su hijo; el asedio llevóla en pocos días á la locura furiosa. Corrió el hijo á su lado; era tarde; la madre era encerrada en el manicomio.

La santa Iglesia no quiso ver en este estrago el crimen suyo de robar la madre á un hijo pagando á éste el sacrificio de su juventud con la locura de aquélla, y á ésta pagándole la vocación del hijo con su infamación. En vez de ver su obra criminal vió en ello la mano de Dios que tiene la mala costumbre de castigar en las madres el crimen de los hijos. Sin duda la madre recibía el castigo del crimen de haber llevado el hijo á la Iglesia; esta verdad era vista al revés.

La gente piadosa se había salido con la suya. Mientras la madre sufría como loca y el hijo rugía como fiera que siente el arpon clavado en su alma, los fieles de Arras reían; el clero reía: llamaba divina esta obra y atribuía á Dios esta maravilla de arte.

Temiendo por los demás de su familia, Lebon se instaló á su lado, se rodeó de ellos y decidió pedir á la Iglesia el precio de su juventud y la cordura de su madre.

La Iglesia reía; los devotos reían.

Lebon fué quedando aislado; cobraba de la Convención; no podían matarle por hambre; se le habían llevado su madre al manicomio; se alojaría á su padre y á sus tíos; se le dejaría solo, y luego le dirían: «no es nuestra obra; es la tuya; es Dios.»

Sólo su familia y la de una tía suya le frecuentaban.

La tía tenía una hija joven; esta joven tenía una vergüenza y un honor; la gente piadosa lo sabe; amenazó este honor de la doncella; «si frecuenta al primo es por... esto».

Era ya el último golpe; el cordero se sintió león; la prima se sintió mujer; los primos han sido juntados por la calumnia.

Isabel Reynier era una real moza de veintiún años. El 5 de Noviembre de 1792 se celebraba con gran solemnidad su matrimonio en la alcaldía de Saint-Pol. Esta fué Mimie.

La santa Iglesia lanzó contra la pareja toda la ponzoña de la maledicencia y de la execración. Cien mil lenguas caían sobre el amor de los novios para envenenarlo y matarlo.

Los amantes se unieron más y más; el amor levantó á su derredor una mu-

ralla infranqueable á los dardos de Iglesia.

El pueblo, á presencia de este duelo á muerte, tomó parte en la contienda. El 2 de Septiembre era elegido diputado para la Convención; el 15 era proclamado alcalde de la villa.

Fuése á París; recibió las órdenes revolucionarias, y se lanzó al nuevo apostolado.

A su rededor juntáronse cinco oratorianos, que componían su consejo.

Lebon se veía maldecido, maldita toda su familia, loca su madre, escarnecida su esposa, malditos antes de ser engendrados sus hijos. Este diluvio de maldiciones asaltaba sus ojos y sus oídos; la muerte revoloteaba encima de él y sobre su hogar, agitando todas sus alas uñosas, siniestras; las cabezas y uñas infinitas de la Iglesia, que ya no reía, y que comenzaba á rugir.

En la plaza de Arras armóse la guillotina, y comenzó á cortar cabezas; la Iglesia no reía; Mimie y Lebon reían.

Dentro de Lebon reía la madre loca, reía el oratoriano rechazado, el joven seducido, el acreedor que se cobraba por su mano.

El Consejo de oratorianos celebraba el espectáculo con la alegría con que los dominicos celebraban los autos de fe, comentando las muecas de los achicharrados.

De Arras, Lebon llevó el terror á Cambray. Con la guillotina llevó una excelente orquesta y una compañía dramática. Se reía: el ejército beato estaba aterrado como Lebon al ser expulsado de la Orden.

Los hijos veían rodar las cabezas de sus madres, como Lebon vió alocarse la suya. Dios estaba mudo; ya no castigaba á Lebon por haber renegado, sino á los católicos por haberle hecho renegar.

Mimie reía también: á ella alude este cantar del tiempo:

«Quinze parjour, je m'en contente!
J'ai de la sorte, oui parler
Madame la Représentante
Qui voulait voir la sang couler.

El país, la religión, Francia entera estaban aterrados.

Cayó Robespierre: Lebon llevó á su mujer y á su hijita Paulina á Saint Pol, para volar á París al lado de su amigo.

Cuatro días después es prendido y encerrado en Luxemburgo en cuyo jardín escribo estas cuartillas.

Su mujer nuevamente en cinta y su hijita Enriqueta, son encarceladas en Arras.

Más de un año se pasó en la prisión, dando lugar al más singular de los amores, en una correspondencia que deja «desconcertado» á Lenotre, que hubiese preferido ver desconcertado á Lebon.

El que quiera orientarse minuciosamente sobre este amor puede consultar al citado Lenotre *Vieilles Maisons, vieux papiers*, 3.^a serie *Paris Revolutionnaire*. Allí apunta las fuentes auténticas y excepcionalmente íntimas de esta historia.

En esta correspondencia vese al hombre en pleno dominio de sí mismo y de su situación. Sabe que el pasado no puede «borrarse» sabe que lo presente es una crisis convulsiva de la patria, necesaria para la salud: sabe que le ha tocado su ración de víctima y de verdugo: está satisfecho de su conducta; por su parte no fué verdugo ni víctima; fuélo por *virtud cívica y social*, y especialmente para redimir á esa desgraciada clase de hombres «á quienes el celibato coloca en el caso de elegir entre los vicios» del amor, expulsándolos de sus virtudes.

Durante aquel año de profunda reflexión, cultiva «los más exquisitos sentimientos de padre y de amante». Ni aparece el energúmeno, ni el monstruo, ni el rencoroso, ni el altanero saciado de venganza.

«Aplaudaseme, ó censúreseme, ó máteseme, igual me da: ojalá los males de la Patria eviten la reproducción del pasado»...

Esta es una conciencia cívica.

Al mandarse retratar en la cárcel, simboliza toda su historia y todo su espíritu en el retrato; él, ofreciendo á un medallón una rosa y unas fresas; y en el medallón, su mujer dando el pecho á Emilia y á su lado Enriqueta tirándola de la falda.

Falta una hora para montar la guillotina. Come y bebe tranquilamente y escribe una carta á su cuñado con esta frase:

«A muchos males voy á dormirme. Abraza á mi mujer é hijos. ¡Querida Mimie, Paulina, Emilio... consolaos!...» La fecha es ésta: «Segundo aniversario del nacimiento de Paulina».

Así va á la guillotina con las tres conciencias de ciudadano, de padre y de esposo.

Al vestirle la hoga de los parricidas, dice á sus sayones: «Podrías ponerla á la Convención, de cuyas órdenes he sido fiel ejecutor».

Muere. Su cadáver es sepultado.

Su mujer, recobrada la libertad, refúrase á su casa. Su hermana cásase con un oratoriano catedrático en Bélgica; allí fué educado Emilio, que murió trabajando la vindicación de sus padres después de treinta y cuatro años de honrosa profesión judicial. Su hija desapareció.

Ahí en ese cuadro hecho en la prisión, está el corazón del monstruo; un esposo tierno y un padre amantísimo. ¿Cómo de ese hombre pudo nacer el verdugo que sembró el terror en Arras y en Cambray?

Esto; el amor de padre y de esposo que con el pacífico disfrute del amor, hace del hombre un manso cordero, le convierte en fiera implacable cuando se ultraja á su mujer y se infama á sus hijos.

El P. Lebon, es el mismo siempre; oratoriano y ministro celoso, morirá en defensa del ministerio cuando sea preciso y el deber lo reclame; es el co-

razón abnegado y avezado al sacrificio. Acosado por los oratorianos, llevará el terror contra ellos.

En esta historia no es lícito pasar revista al patíbulo sin ver todas las circunstancias.

Al lado de Lebon hay que ver la juventud sacrificada, la madre loca, la familia perseguida, su mujer difamada, sus hijos malditos, y él envenenado de todos los odios.

He aquí una tragedia del amor.

S. PEY ORDEIX

¡Fuera los frailes!

A la puerta de una panadería, en León, pide limosna una anciana, diciendo que no se ha desayunado aquel día ni comido el anterior.

Al mismo tiempo penetra en el establecimiento un fraile franciscano repulso, como si entrara en su convento.

Alarga la mano y guarda en las alforjas un panecillo que le entrega la panadera; sale *sin fijarse en la pobre*, a la que á continuación dice la dueña del establecimiento: *Dios la ampare, hermana, que no se puede dar á todos.*

Con pretexto de comprar un panecillo, que luego da á la pobre, entra un individuo; pregunta á la panadera cómo daba pan á los ricos y no á los pobres; y le contesta que, respetando costumbres antiguas, todas las semanas tenían que dar un pan á aquellos frailes, y que ella no podía dar á todos los que á su puerta pedían.

De modo que el fraile quita el pan de la boca:

A los curas.

A los industriales.

A los comerciantes.

A los obreros.

Y hasta á los mendigos!

¡Pueblo! Mientras no puedas decretarla por tu autoridad, pide constantemente la expulsión de los frailes.

Para que coman todos esos que he citado, y no acabe España de corromperse y encanallarse.

Un recuerdo de París

DE CÓMO SE FORMAN LOS ATENTADOS

Cierto día me encontré en París al ecuaníme Fabra Riba bajo la impresión de un evidente disgusto. Me pareció tan insólita aquella alteración de su diamantino carácter, que hube de interrogarle por ella.

—Vengo de la rue du Croissant—me dijo.—Al ir esta tarde á *L'Humanité* me entregaron una carta diciéndome que allí muy cerca había un compatriota moribundo. Tuve que subir á las buhardillas é inspeccionar todos los rincones, hasta encontrarle en uno, tendido sobre un montón de paja podrida, sin manta que le preservase del inclemente invierno parisino, temblando de abandono y calentura. Carecía de dinero, y allí sucumbía como un perro olvidado de Dios y de los hombres, hasta que la muerte liberadora pusiera término á su

inagotable sufrir, pues la fiebre que le devoraba nada era comparada con el tormento interior, avivado por la fiebre misma, que le representaba á su mujer loca y muerta en un manicomio, presos á sus dos hijos, desesperada y errante á su hija.

—¡Eh!...

—Cuando le dije que de *L'Humanité* obtendría recursos, y aun yo mismo le adelanté algunos francos para que le visitase un médico y pagase medicinas, el enfermo se reanimó un poco, y esforzando otro poco su flaqueza, pudo contarme su desventura. Era dueño de un café (creo que en Tarrasa) y jamás conoció la escasez hasta que sobrevinieron los sucesos de Julio. No por tener participación en ellos, sino por profesar ideas radicales, él y los suyos fueron también víctimas de la feroz reacción mauro-lacervista. Sus hijos ingresaron en la cárcel, y él mismo se eximió de ella por haber huído á tiempo y refugiándose en Francia. Su mujer, que estaba débil, se agravó; su razón no pudo resistir el súbito desastre que rompía la paz y la unidad de la familia, y la internaron en un manicomio, donde acababa de morir. Hubo que cerrar el establecimiento...

—¿Y la hija?...

—Ahora verá. El padre quiso proveer á sus necesidades, pero no encontró trabajo adecuado á sus aptitudes, y aún los serviles escaseaban. Los españoles refugiados en las ciudades fronterizas son algunos millares; los franceses no los miran bien, porque para no morir de indigencia ofrecen sus servicios á cualquier precio, y como aún así no pueden encontrar ocupación todos, tienen que desplazarse y remontar hacia el Norte. Este vino á París, donde consumió hasta el último céntimo luchando contra las dificultades del idioma y sin encontrar en qué ejercitarse para comer. Entretanto, recibía cartas de su hija, en las que además de presagiarle mal de la madre y no muy bien de los presos, le describía su precaria situación. La última que recibió, enfermo y postrado ya, ha sido el fatal golpe de maza que le hunde en la tumba. Yo no he leído nada que revele tan honda y flera desesperación...

—¿La ha leído usted?...

—La sacó el moribundo, acongojado y trémulo, de entre el montón de paja que le servía de cabezal. Con la carta había un retrato de su hija. Rubia; hermosa; diecinueve años. Me pidió que leyese en alta voz; pero á las cuatro líneas tuve que callar para no exagerar su dolor. Desesperación y fiera, ya lo he dicho:—«Esta es la última carta que recibirá de su hija»—decía...

—¿Se suicidó?

—No. Y en seguida:—«Me marchó del pueblo, y aún no sé dónde me detendrá, ni cómo podré comer; aunque me figuro cuál será mi conclusión. Yo perderé la honra; pero quizás cueste cara...»

—¿Así, Fabra...?

—Así lo he leído con mis propios ojos. El alma intrépida tenía que sucumbir; pero se rebelaba contra la fatalidad. La desesperación era tan desbordante, que al final de la carta aún añadía: «Ya no le volveré á escribir; pero tal vez algún día oiga hablar de mí...»

No oirá. Una semana después quise

visitar al enfermo; pero Fabra me dijo que había muerto.

¿Y la joven? Probablemente nadie sabrá lo que se habrá hecho, la que empezó ocultándose de su propio padre. Quizás el exceso de dolor la haya dejado insensible; tal vez malos espíritus fosforezcan en su cerebro llenándolo de livideces siniestras; posible es que la vida infame que busca olvido en los pesados vapores del alcohol, la haya idiotizado reduciendo su alma exaltada á infima servidumbre. Sin embargo, yo presiento su amenaza flotando como una nube negra preñada de cóleras, y si algún día se rasgase y de su seno brotase la centella, es posible que mis ojos se cerrasen de susto y por mis miembros corriese el trágico horror; pero mi corazón se rendiría sin protesta ante la inexorabilidad... Los necios clamarían contra los inductores, contra las criminales predicaciones disolventes, contra la flera cobardía que estuvo acechando su hora. Yo pensaría en la iniquidad antigua que destruyó la hacienda, enloqueció á la madre, encarceló á los hermanos, mató de abandono y hambre al padre, sacrificó su honra...

Y creo que para forjar el rayo no se necesita más.

M. CIGES APARICIO

Cura de buen gusto

Hace pocos días se acercó un cura del partido de Benavente al vendedor de EL MOTIN en la Bañeza, y le preguntó:

—¿Eres tú el que vende los *Folletos* y las *Hojitas*?

—Sí, señor—le contestó tímidamente el chico.

—Pues trae un ejemplar de cada *Folletto* y unas cuantas *Hojitas*; tenía ganas de leerlos, y no sabía dónde comprarlos. ¿Cuánto valen?

—Tanto...

Y el cura pagó religiosamente.

Si supiese su nombre, le escribiría felicitándole por su buen gusto.

Pero también le diría:

—Evite usted que lo sepa alguno de sus compañeros y lo delate á su obispo.

Porque entonces jamás el mezquino pan que los frailes permiten aún que llegue á su boca!

En la Iglesia el que es honrado, con talento ó buen sentido, se encuentra siempre... perdido, sin comer y despreciado.

Cómo se defienden las regalías

Cómo responde el gobierno lusitano á las demandas de los obispos

Sobre la intrusión del Papa en la condenación de la revista franciscana *A Voz de Santo Antonio*, perseguida por los jesuitas, se ha dado una Real orden que termina en esta forma:

«Manda S. M. el Rey, que se manifieste expresamente su desagrado por la irregularidad cometida por el arzo-

bispo de Braga, admitiendo y comunicando (sin previo el *pase regio*) la orden de la Santa Sede, concerniente á la supresión de la revista *A Voz de Santo Antonio*; y que se le asegure al mismo tiempo, expresa y terminantemente, el firme propósito que S. M. tiene de salvaguardar en toda ocasión las prerrogativas de la Corona, no consintiendo la menor falta á este respecto, ni permitiendo actos ofensivos á la soberanía nacional. Espera S. M. que el arzobispo primado recordará á los obispos no serles lícito dar ejecución á determinación alguna que no haya sido transmitida y recibida según establecen las leyes del reino y la costumbre tradicional, para no crear conflictos á la paz del reino, perjudicando los intereses de la Iglesia.

Paco 9 de Julio de 1910.—Manuel Joaquín Fratel.

De igual modo, en 25 de Octubre de 1884 se dió igual aperebimiento al obispo de Guarda, por mencionar en una pastoral la encíclica *Humanum Genus*; el 28 de Octubre del propio año, se aperebió por igual falta y en igual forma al obispo de Angra; el 25, al arzobispo de Goa.

Por haber citado la encíclica *Pergrata nobis accidit*, fué aperebido el arzobispo de Larissa en 28 de Diciembre de 1887.

En 27 de Diciembre de 1889 fué aperebido el obispo de Coimbra por haber elevado una consulta á la Santa Sede sin previo permiso del gobierno.

Sr. Canalejas: en los tribunales eclesiásticos de Barcelona y Tarragona se ha invocado recientemente la *Constitución Apostólica Sedes*.

Esta ofensa á las *regalías de la Corona*, ¿quién la debe perseguir?

¿Se reserva también al pueblo revolucionario la defensa y tutela de los derechos patrimoniales de la Iglesia y de la nación española?

¿No habrá responsabilidad para aquellos jueces, ni para los ministros que se cruzan de brazos ante esos delitos contra el Estado y contra la patria?

¿No es crimen de *lesa patria* el consentir que se ultraje así la soberanía nacional, *cediendo al extranjero invasor* una de nuestras prerrogativas?

¿Ni en tiempos de Carlos II el Hechizado?

¿Cuánta vergüenza!

¿Ni en Portugal se consienten tales ultrajes!...

El clero republicano

El Dr. José Marqués Serrao, párroco de Santa María de Alcaçova y rector del Seminario de Elvas (Portugal), asistió á un mitin de propaganda republicana que se dió el 5 de Junio, pronunciando un discurso que terminó con el grito de *¡viva la República!*

Dicho señor es tenido en gran estima por sus virtudes.

Los caciques eclesiásticos, que convierten la religión en arma política, han destituido al Dr. Serrao del Rectorado, nombrando en su lugar á un tal Guillermo Nunes Tavares, que recientemente se hizo célebre por el rapto de una mocita natural de Calzdinha.

¡Bravo! ¡Bravísimo! Los curas honrados y virtuosos resultan republicanos, y por esto son avasallados en la Iglesia. Los escandalosos y raptos son monárquicos, y se les encumbra.

La prensa liberal portuguesa manifiesta su adhesión al P. Serrao.

Animo, clérigos españoles; á gritar ¡viva la República!... Como Lavigerie, como Gibbons, como el párroco portugués, como todos los honrados.

¡Cristo fué republicano!

Lance

que empieza en verdad y acaba en cuento

Harta de procacidad.
de escándalo y tiranía.
alzóse mi patria un día
al grito de libertad.

Corro armado á la refriega,
encuentro al paso un amigo,
le hablo con ardor, le digo
que me siga, y él se niega,
diciendo: «A ti qué cuidado
te da si el mundo se abrasa?
Deja hacer; el hombre honrado
cuida sólo de su casa.»

Al cabo de cuatro meses
le veo venir corriendo;
estaba su casa ardiendo
y en riesgo sus intereses.
Me abraza con frenesí,
me dice que vaya y corra,
que le ayude y le socorra,
pero yo le respondí:

«Amigo, ¿á mi qué cuidado
me da si el mundo se abrasa?
Dejo hacer; soy hombre honrado
y atiende sólo á mi casa.»

Muchos te piden favor
¡pueblo! Tú su dicha labras...
Pero al buen entendedor
salud y pocas palabras.

ROBERTO ROBERT

El lunar del señor cura y el ama que sabe dónde

Los pobres currucas son bien desgraciados. Cultivado su cerebro por las altas ideas de la Teología y su corazón por las sublimidades de la Mística, al poner casa se encuentran el gran problema de la elección de ama.

Cierto es que en algunos países se dice: «ó ama de cura ó reina de España»; y en ellos los padres tienen á gran honor que sus hijas sean ministras del ministro del Señor. En otros, en cambio, el género «ama de cura» viene á ser

un sexto estado, ni monja, ni soltera, ni casada, ni viuda, ni meretriz, con ciertos gajes y con ciertas desventajas de todos ellos.

Ante el aprecio público está considerada como *barragana*, nombre rasposo que suena á reniego.

De aquí que los curas de estos países pasen las de Caín para hallar doméstica, habiendo de nutrirse del desecho social. ¡Ellos, espíritus cultivados, condenados á vivir con una casporra!...

Menos mal que todo quede en eso; pues no hay casporra que no se dé pronto cuenta de la autoridad que logra sobre el amo el ama, cuando el amo amó al ama y cuando el ama ama al amo.

—¡Que lo digo!—es el estribillo de todas ellas, que suena á oídos de su reverencia como formidable trueno presagador de los más fieros males.

Uno de los casos que esto demuestran es el acaecido en el tribunal de Gana Ker (Baviera), en un proceso por demás curioso.

El padre cura despidió á la madre ama, pero en tales circunstancias, que si ésta era verdadera madre, el otro era tan padre como el cura más padre imaginable.

—¡Que lo digo!—decíale ella á él; mas éste, flado sin duda en la ley que prohíbe investigar la paternidad, como si la paternidad no fuese á veces un acto anarquista y criminal, dejó al ama que chillase.

Como buen jesuita negó su complicidad paternal; queriéndose de calumnia, y la infeliz ama fué condenada á seis meses de prisión por el Juzgado de primera instancia.

—¿Cómo que no es mi compadre el padre cura?—decíase la comadre del compadre.—Ya lo veremos.

Apeló la sentencia, y se elevó el proceso á segunda instancia y á vista pública.

Al llegarle la vez, disparó la buena casporra este formidable discurso:

—Empéñase el señor cura en jurar no haber tenido conmigo más relaciones que las de cocinera y señor. ¿Quieren la prueba de que miente?

Pues, señores jueces; manden salir del local las señoras, y al señor cura mándenle subirse la sotana y bajarse los pantalones. Debajo del faldón de la parte posterior y en el sitio que yo me sé y que sus señorías podrán ver, si gustan, hallarán un preciosísimo lunar, objeto repetido de mis embesos. Ustedes podrán calcular si tales lindezas se descubren á la simple vista de cocinera y camarera, y si es en el comedor y en la cocina donde los favorecidos Apolos ostentan tales bellezas.

Negó el señor cura poseer tal tesoro; el Juzgado ordenó el registro medical del cuerpo del reo... y regresados á los estrados reo y peritos, leyóse el informe de completo acuerdo con la comadre.

El bueno del señor cura, con mucha modestia y castidad, dijo:

—Les juro, señores jueces, que yo ignoraba tal hermosura...

—Lo creo—dijo el presidente.—Como que está colocado en sitio que los hombres mortales sólo pueden contemplar con ayuda de un espejo, ó mejor, de dos espejos.

A tenor de este descubrimiento se reformó la sentencia contra el ama. Sólo falta que el hijo salga con igual sello de procedencia.

—¡Oh, bendito lunar!—dirá la infeliz comadre.—Tú fuiste mi perdición muchas veces... Tú habías de ser mi salvación ahora...

Una vez que este hecho se divulgue, las buenas amas procurarán examinar cuidadosamente la topografía de sus camarás, aunque para ello necesiten linterna eléctrica.

Y ¡ay del curruca á quien Dios le haya adornado con lunares! Amenazado está de verse un día bajar los pantalones ante el Juzgado, espectáculo que las beatas sueñan no pocas veces ver lucir en el presbiterio.

¡A dónde ha llegado el mundo prevencido! Porque esto que ha ocurrido á un simple clérigo, puede ocurrir á lo mejor á un respetable obispo, á un barbudo capuchino y á un pudibundo jesuita...

¡Vaya una posición más artística y más mística para sus reverencias!

¡Qué irreverencias tienen los tribunales, aun en la católica Baviera!

MODESTO DE LA MERCED

La confesión de las beatas

El siguiente ejemplo lo publica Alejandro de Foya y otros autores, y cíto con gran lujo de pormenores el reverendísimo P. Boceta en sus *Sermones de misión* (Santiago, 1707), páginas 218 y siguientes.

«Erase en una ciudad de España; una viuda muy santa, que murió dejando una hija muy educada, la cual, requecida de amores por un mancebo, dice ella: «Tanto me molestó con ruegos y persuasiones, que di lugar á que hiciera conmigo su gusto. Quisiera casarme con alguno de los que me pretendían por esposa, pero no me atreví, porque no tuve ánimo de confesar mi descuido... Hacía propósito de confesarlo al confesor, pero cada vez me avergonzaba y me callaba por no perder el concepto de santa...»

He aquí la autobiografía que después de muerta hizo ella misma á un padre predicador:

«Con este motivo perseveré en las confesiones y comuniones de cada semana, añadiendo pecados á pecados, y formando una cadena de crimines, y sacrilegios, que me ha de atormentar por eternidades.

»Tres años gasté en esta interior rotura, portándome en lo exterior con la modestia, templanza, y retiro, que observé en vida de mi madre. Rezaba todas las noches el Rosario con mis criadas, y familia; todos los días asistía en la Iglesia á una, y dos Misas. Distribuía largas limosnas. Usaba mortificaciones, y afligía mi cuerpo con cilicios, y austeridades. Con el empleo de estas buenas obras, aunque no merecía gracia, ni gloria, moví la piedad divina, para que usase conmigo una especial misericordia, y fue, que te traxo de lejas tierras á esta Ciudad, con intentos de mi reducción.»

Tampoco se atrevió á confesarse, y murió inconfesa, dejando gran opinión de santidad. El resto del cuento es de apariciones diabólicas y fantasías del *Espanta Madrid*, que no hace falta contar á nuestros lectores piadosos.

He aquí una preguntita que conviene hacer á las beatitas esas que se despetitan por los sacramentos: ¿Van á sacramentar ó á sacrilegar?

Otro ejemplo curioso de misión y del mismo libro vamos á entresacar para instrucción de nuestros piadosos lectores. Habla Boceta:

«Cuenta Vincencio Belvasense en su *Espejo Histórico*, que en Roma vivía un hombre rico, casado y padre de un hijo, que, para desagraviar á Dios de ciertas correrías amorosas, decidió irse al desierto, dejando á su esposa con su hijo. Este fué educado por su madre en tan gran recato y vigilancia, que no le dejaba separar de su cama. Y así el hijo se transformó en marido y concibió de su propia madre. Cuando ésta sintió en su vientre prendas del execrable delito, pasó grandes congojas.

»Veníanle bravas tentaciones de aplicar fuertes medicamentos para mover al preñado. Ayunaba, oraba, daba limosnas y hacía decir muchas misas. Llegado el parto, determinó bautizar la criatura, ahogarla y echarla en un albañal, con lo cual el caso estuvo secreto. Tiempo después, un eclesiástico «muy entendido en desenmarañar cuestiones intrincadas y casos muy ocultos», presentóse al Senado, diciendo: «Sabed que aquella matrona tan opinada es la más mala hembra que produjo este siglo...» y lo contó todo.»

Armóse gran alboroto ante esta denuncia: los historiadores no detallan si el «eclesiástico» había averiguado la cosa por confesión de la madre ó del hijo, porque es de saber que la Teología moral del P. Gury, enseña que en caso parecido el hijo ha de confesar lo hecho con su madre, y claro es que sabiendo quien es el hijo, se sabe quien es la cómplice.

¿Puede el hijo infamar á su madre, en tal caso, exponiéndola al riesgo de ser publicada su infamia?—Sí—dice Gury,—porque el cómplice, por el sólo hecho de pecar, renuncia ya á la buena fama.

Doctrina es ésta, como se ve, muy digna de ser conocida de los lectores de EL MOTIN cuando hayan de denunciar asquerosidades jesuítas; por el sólo hecho de pecar han perdido el derecho á la fama.

La solución del caso aquél, tuvo sus pelendengues.

De suponer es lo que haría la dama para lograr la rectificación del cura. Bien pudo darle buena propina y aun prometerle una mitra. Los jesuitas conocen bien la esplendidez en que dan las penitencias al conocer sus trapicheos, y por esto llevan cuidadoso y puntual registro de las confesiones de sus clientes.

El hecho fué que el Senado pidió un careo, como había ocurrido en caso igual al bendito San Atanasio, acusado por una mujer de ser padre de un hijo de ella.

Y ¡oh maravilla!, el eclesiástico en el careo declaró que había confundido una dama con otra, como la de San Atanasio confesó publicamente no haberle jamás visto.

Lo que decía la madre de la niña violada por el jesuita de Manila: «¡Ay, señor!, los pobres tenemos muy poca memoria...»

Saca, lector, en consecuencia, que si esto hubiesen podido decirlo de Ferrer los clericales, dentro de cien años repetirían: «¡que incestuó á su hija...»

Pero ¡ay! esas virtudes son propias de beatas comulgadoras, rezadoras y

confesadoras; envían sus maridos al yermo, y...

UN DOCTOR MODERNISTA

Protesta justa

Sr. Director de EL MOTIN.

Muy señor suyo:

Consignamos nuestra más enérgica protesta, por el grabado que con el título de «Dios los cría y ellos se juntan», publicó ese semanario en el número correspondiente al 21 de Julio.

Querernos comparar con un clérigo, cosa es que mengua nuestra animalesca dignidad, y no podemos tolerar que á la honrada clase animal se la compare con ningún cleriáccalo.

Todos los burros, cerdos y gansos por nosotros honrosamente representados, se consideran muy superiores á los curas; y querernos comparar con ellos, es rebajarnos hasta el nivel de los hexápodos.

Los mamíferos y aves son superiores á todos los clérigos. Compárelos usted, si quiere, con las arañas ó con las correderas, pero no con nosotros, que somos animales útiles.

Los cerdos proporcionamos al hombre sabrosos embutidos; los burros somos un poderoso auxiliar del labriego y los gansos tenemos una carne exquisita.

En cambio ellos, ¿para qué sirven? ¿A quién benefician?

No lo molestamos más, Sr. Director, y le rogamos que esta nuestra enérgica protesta salga en las columnas de su valiente y simpático semanario.

Disponga como guste de estos sus humildes servidores.—*La turra de Balaam. —El cerdo de San Antón.—Un ganso del Capitolio.*

Por los infrascriptos.
JAIME QUINTANILLA

NOTAS DEL CAMPO

Una pasión domina sobre las demás en el campesino: la codicia.

¿Qué extraño, pues, que las mozas de una aldea se entreguen al primero que las solicite y las pague, con la única condición de que sea forastero?

El forastero es ave de paso y no puede divulgar cosas que deben quedar en secreto.

Los mismos padres harán la vista gorda, si atienden al porvenir de su hija.

A su espíritu práctico no puede ocultársele que mucha más influencia tiene en la busca y hallazgo de un marido conveniente, una sábana más en el equipo de la muchacha, que una mayor ó menor cantidad de pureza en su cuerpo

..

Cantad al amor, poetas; mentid cuanto gustéis en su nombre; presentadle revestido de bellezas y majestad; pero, por Dios ó por las musas de vuestra mayor intimidad, no sintáis tentaciones de observar un idilio lugareño, porque, si lo hacéis, ¡adiós poesía!

Que nunca se confundan vuestros quiméricos personajes con los mfos reales, porque así tiene que ser, así de-

be de ser, para que la inspiración os acompañe.

Vuestros pastores son tiernos, amados, dulces, hablan como los ángeles; los míos apenas saben articular una docena de palabras, de las cuales trece son brutales y obscenas; los vuestros llevan flautas para encantar al ganado, los míos garrotes para encojarlo; los vuestros aman, los míos desean.

¿Y las zagalas? Entre las vuestras sencillas, candorosas, enamoradas y puras, á las más zafias, forzudas, con lenguaje carreteril, hay una distancia enorme.

Y aun admitiendo vuestros bellos sueños, ¿creéis que tanta lindeza es compatible con unas prosáicas medias más gruesas que ásperas y más ásperas que esmeril, con unos refajos incomprendibles y con una mugre por bajo de estas prendas, que jamás recibió la visita del estropajo que tanto necesita?

Los novios campesinos usan las manos, en lugar de la boca, para enamorar á sus parejas. Las novias tampoco son mancadas.

Cuando las circunstancias impiden el sobo y el achuchón, los novios se duermen aburridos.

¡Oh! ¡La inocencia de los aldeanos!...

¡Las quintas!

Esta palabra conmueve á toda España. En las aldeas se pronuncia de un modo semejante á cuando dicen: «¡Una nube de piedra! ¡La langosta!... Algo terrible y fatídico que acarrea el mal de modo irremediable.

Antes que ser soldado, se ponen en juego toda clase de recursos; se intenta el soborno, se producen enfermedades que acaso nunca se curen, se malvende lo que se posee para poder reunir 1.500 pesetas redentoras del servicio militar.

Finalmente, aquellos que á pesar de todos sus esfuerzos, marchan como quintos disponibles, son despedidos con llantos, lágrimas, gritos... de tal modo, que quien observe la escena sin conocer su origen, puede pensar que aquella gente va camino de la tortura, el martirio, la muerte ó algún mal espeluznante.

A pesar de todo esto, los muchachos arrancados del campo van á vivir mucho más descansados, mejor comidos, más limpios y con mayores comodidades que nunca vivieron. Van á ver cosas para ellos desconocidas, van á educarse, van quizá á conseguir una base para un porvenir muy distinto y mucho más lisonjero que el que tenían asegurado allá metidos en su terruño.

JOSÉ ARAGÓN

(Continuará.)

España-Portugal

El anticlericalismo

Acabamos de leer que el Papa acepta el *statu quo* de la Iglesia en Portugal.

Nosotros sabemos, al contrario, las dolorosas quejas de Gregorio XVI en su rescripto *In Lusitano Regno*, y no recordamos documento alguno en que el Papa acepte estas conclusiones:

- 1.º El *Pase Regio*.
- 2.º Extinción de patronatos.

3.º Supresión de las órdenes religiosas.

4.º Prohibición de los votos monásticos.

5.º Matrimonio civil.

6.º Confiscación de los bienes de la Iglesia.

7.º Recurso de fuerza al poder civil.

ABUNDIO DA SILVA

¡Bien por los valientes!

Ya están afilando los puñales los soldados pontificios. Cien mil hombres vizcaínos han amenazado al Gobierno con echarse al campo si no se somete al *decreto del Vaticano*, que es la ley del embudo.

¡Ay qué miedo nos dan esos hombres vizcaínos!

Mas soseguémonos; hasta aquí ignoramos si esos hombres son hembras ó machos.

Dicen que nos lo van á enseñar bien pronto... Tapémonos los ojos... porque los hombres pontificios de verdad, no son hombres ni mujeres: son los eunucos de la Capilla Sixtina, castrados por fuerza, como los frailes lo son por vocación.

¡Qué miedo!... digo: ¡qué asco!

Teoría y práctica

De *El Ejército Español* del día 29 de Julio, discutiendo con *Hera. do de Madrid*:

«La actitud en que se han colocado los patronos de Bilbao está rectamente juzgada por el *Heraldo*; pero su juicio se falsea en absoluto al aseverar que si la razón no está de parte de los patronos, están de su lado los fusiles. Los fusiles que manejan las fuerzas del Ejército NO PUEDEN ESTAR MÁS QUE DEL LADO DEL ORDEN PÚBLICO, sean los que quieran los elementos que lo perturban. Esto lo sabe muy bien el *Heraldo*, y en circunstancias políticas distintas de las actuales habría sido uno de los primeros en mantenerlo.»

¡Maravilloso!

El «orden público» en España está constituido por la *Constitución* y por los *Códigos*.

El que taspasa estas leyes, SEA QUIEN QUIERA, ESTÁ FUERA DEL ORDEN PÚBLICO.

«Los fusiles que manejan las fuerzas del Ejército no pueden dejar de estar del lado del pueblo contra los ministros responsables, cuando éstos se salen del orden público constituido en España.»

¡Maravilloso y conformes.

El «orden legal» garantía de la patria; el Ejército garantía del orden... contra todos sus alteradores, sean quienes fueren.

¡Hermosa teoría! En la práctica pocas veces ocurre así.

Y si el colega lo duda, sírvase leer el siguiente artículo.

Atentados de los gobiernos contra la Constitución y contra el Concordato

Ley de 8 de Mayo de 1849: Las Cortes han decretado y la reina ha sancionado: Artículo primero. Se autoriza al gobierno para que pacte con la Santa Sede...

Art. 3.º Establecer convenientemente... y organizar... casas ó institutos de misiones, de ejercicios y corrección de eclesiásticos...

Art. 6.º El gobierno dará cuenta á las Cortes del uso que hiciere de esta autorización.

Concordato de 1851

Art. 29. «Para hacer misiones en los pueblos, auxiliar á los párrocos, asistir á los enfermos y para otras obras de caridad y utilidad pública... se establecerán DONDE SEA NECESARIO, oyendo previamente á los prelados, casas y congregaciones religiosas de San Vicente de Paúl, San Felipe Neri y otra Orden de las aprobadas por la Santa Sede, las cuales servirán al propio tiempo de lugares de retiro para eclesiásticos, para hacer ejercicios espirituales y para otros usos piadosos.

Art. 50. «Se conservará el instituto de las Hijas de la Caridad (españolas), bajo la dirección de los elérgicos de San Vicente de Paúl, procurando el gobierno su fomento... Se conservarán las casas de religiosas que á LA VIDA contemplativa añadan y reunan la educación y enseñanza de niñas ú otras obras de caridad... No se procederá á la profesión de ninguna religiosa sin que se asegure antes su subsistencia en debida forma.»

Actos ilegales de los gobiernos, contrarios abiertamente á estos textos constitucionales y concordados, y ministros de Gracia y Justicia responsables.

D. Francisco Cárdenas (conservador): En 9 de Julio de 1875 autoriza á los Dominicos.

D. Fernando Calderón Collantes (conservador):

10 Julio 1880.—Hermanas de la Cruz.
24 Septiembre 1875.—Hermanos del Corazón de Jesús.

6 Agosto 1877.—Pasionistas.

5 Enero 1877.—Carmelitas.

3 Septiembre 1877.—Menores franciscanos.

6 Agosto 1878.—Hermanos de la Doctrina.

27 Noviembre 1878.—Redentoristas.

12 Octubre 1877.—Hermanas de la Doctrina.

21 Marzo 1877.—Salesianas.

D. Cristóbal Martín de Herrera (conservador):

11 Julio 1875.—Misioneros de la Divina Pastora.

11 Enero 1877.—Franciscanos observantes.

23 Noviembre 1876.—Ursulinas.

D. Saturnino Alvarez Bugallal (conservador):

15 Febrero 1879.—Trinitarios.

16 Marzo 1880.—Benedictinos.

25 Julio 1880.—Trapenses.

25 Enero 1881.—Misioneros de los Sagrados Corazones.
10 Julio 1886.—Hermanas de la Cruz.
El mismo día.—Esclavas de Nuestra Señora de las Mercedes.

D. Manuel Alonso Martínez (liberal), autoriza en.
9 Noviembre 1881.—Misioneros de Africa.
10 Julio 1882.—Hermanos de la Providencia.
En 8 Febrero de 1883 los Hermanos de María.
25 Febrero 1881.—Siervas de Jesús.
21 Marzo 1881.—Religiosas de los Sagrados Corazones.
10 Septiembre 1887.—Religiosas Pastoras.

D. Vicente Romero Girón (demócrata), 15 Diciembre 1883 á los Jerónimos.

D. Francisco Silvela (conservador):
Febrero de 1884.—Agustinos Recoletos.
En 1885.—Hermanos de la Sagrada Familia.
Julio 1885.—Mercenarios.
21 Marzo 1885.—Hermanas del Sagrado Corazón.
20 Noviembre 1885.—Hermanas de los Desamparados.
El mismo día.—Hijas de Cristo Rey.

D. Fernández Villaverde (conservador), 9 Noviembre 1890 á las Hermanas de la Caridad.

D. Fernando Cos Gavón (conservador), 9 Septiembre 1892.—Hijos de la Sagrada Familia.

D. Eugenio Montero Ríos (liberal).
6 Febrero 1893.—Capuchinos.
19 Abril 1895.—Congregación de Nuestra Señora del Buen Pastor.
30 Abril 1895.—Compañía de María.
1 Mayo 1895.—Compañía de Santa Teresa.
25 Octubre 1895.—Terciarios Capuchinos.
Hijas del Buen Pastor.
Esclavas del Inmaculado Corazón de María.
Compañía de María.
Compañía de Santa Teresa.

D. Antonio Maura (liberal entonces):
Noviembre 1894.—Hermanas de la Caridad de Santa Ana.
15 Marzo 1894.—Esclavas concepcionistas del Divino Corazón de Jesús.
30 Abril 1895.—Esclavas del Corazón de María.

D. Trinitario Ruiz Capdepón (liberal):
25 Octubre 1895.—Trinitarios.
25 Julio 1895.—Religiosas de la Visión.
25 Noviembre 1895.—Agustinas de la Asunción.
7 Diciembre 1895.—Clarisas de la Divina Pastora.

D. Alejandro Groizard (liberal):
15 Febrero 1898.—Madres de los Desamparados.
22 Idem id.—Terciarias de la Merced.
5 Enero 1899.—Esclavas de la Natividad de Nuestra Señora.

D. José Canalejas (demócrata):

18 Agosto 1899.—Religiosas Justinianas.

Sr. Durán y Bas (catalanista):
19 Abril 1899.—Terciarias de San Francisco.
2 Junio 1899.—Oblatas del Redentor.
24 Julio.—Hijas de Jesús.
7 Agosto.—Franciscanas de Santa Clara.

Conde de Torreánaz (conservador):
7 Noviembre 1899.—Esclavas (Ubaio).
6 Marzo 1900.—Religiosas del Inmaculado Corazón de María.

Marqués del Vadillo (conservador):
21 Mayo 1900.—Oblatos de María Inmaculada.
27 Mayo 1900.—Terciarias de Santa Teresa.
18 Octubre.—Dominicas de la Anunciata.
Idem.—Hijas de San José.

Conservadores

Total: Ministros, 10; Ordenes, 36; de hombres, 18; de mujeres, 18.

Liberales

Total: Ministros, 7; Ordenes, 27; de hombres, 10, de mujeres, 17.

Total: Ministros, 17; Ordenes, 63; de hombres, 28, de mujeres, 35.

Ley de la responsabilidad

Además de la contraída por abuso de autoridad y por los perjuicios ocasionados al pueblo español, los ministros de los gabinetes que cometieron estas ilegalidades *sin dar cuenta á las Cortes*, según preceptua la ley de 8 de Mayo de 1849 prefundamental del Concordato, deben ser condenados á mantener por su cuenta y riesgo las comunidades que autorizaron ilegalmente.

¿Delito de lesa Patria?

Consulta del Consejo de Castilla de 30 de Abril de 1760. Calificación de la moral monástico-jesuita.

Es causa del extrañamiento «la complicidad en bullicios y conspiraciones... el espíritu de fanatismo y de sedición, la falsa doctrina y el intolerable orgullo que se ha apoderado de este cuerpo. Este orgullo. ESPECIALMENTE NO-CIVO AL REINO Y Á SU PROSPERIDAD, CONTRIBUYE AL ENGRANDECIMIENTO DEL MINISTERIO DE ROMA... (empeñado) EN SOSTENER Á LA COMPAÑÍA (ahora todos los frailes son jesuitas) CONTRA EL PODER DE LOS REYES.

¿Crimen contra el pueblo?

Los frailes han sido exceptuados del servicio militar. Cada fraile que debió haber ido y no fué, arrastró á las filas á un hijo del pueblo y arrancó de brazos de su madre un hijo.

Con la introducción ilegal de frailes y con la ilegal excepción de quintas, los ministros de la Corona han COHIBIDO á la muerte á cada hijo del pueblo muerto en campaña por suplir al fraile que debió haber ocupado su lugar.

Ni debieron morir éstos, ni debieron sobrevivirlos aquéllos; tan ilegítima es la vida de estos frailes, salvados ilegalmente é injustamente de la muerte,

como la muerte de aquéllos llevados injustamente é ilegalmente ante el enemigo.

¿Sin Constitución?

Llevamos treinta años de atropello sistemático de la Constitución. Esta declara á los ministros responsables.

No se ha hecho efectiva NI UNA RESPONSABILIDAD, NI MEDIA.

¿Quién es España?

El Concordato se dice pactado entre «España y la Santa Sede». «España» no ha intervenido en esa introducción fraudulenta de frailes.

Los frailes son enemigos de la soberanía nacional.

Los ministros son cómplices y tutores de estos enemigos.

Nota.—Los datos apuntados, son extraídos de un artículo del P. Ferrándiz.

Mi gozo en un pozo

No hay tal ruptura, sino cambio de perros para los collares diplomáticos. Un triunfo de Merry del Val.

Monseñor Vico es amigo de Rampolla; Rampolla es rival de Merry.

Vico ha caído en desgracia del gobierno español, es decir, queda reventado en su carrera. Merry habrá dado el disgusto hache á Rampolla.

Seguimos sin saber si es comedia ó tragedia. Podría ocurrir que los autores, sin darse cuenta, estuviesen representando *Jugar con fuego*.

¿Habrá sido otra castaña?

Deuda aplazada

Pasaba al frente de un entierro el *parrodo* de Bélmez, un tal Ruíz.

Un obrero que estaba hablando con un amigo no se descubrió, y al día siguiente demandó ante el juez municipal.

Y éste, un tal Pelayo, á petición del fiscal, un tal Paniagua (mauristas), le impuso cincuenta pesetas de multa, diez días de cárcel y pago de costas.

Prudencia y mala intención;
y si llega la ocasión,
no te olvides, buen obrero,
de que debes darle al clero
cumplida satisfacción.

Jura de bandera

En Loyola se ha celebrado hoy la *Jura de la Bandera bélica*.

Los católicos llaman «funciones religiosas» á los complots vergonzantes.

El Papa les ha enviado su bendición, pero no una peseta.

San Ignacio se armó *Caballero de la Virgen* en Montserrat; los jesuitas españoles se *arman* caballeros foragidos en Loyola...

(FOLLETÓN 62.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

breve pie. Y con decir esto puede decirse que se dice lo bastante. Porque ¿de qué no ha de ser capaz, cuando se trate de grandezas, el hombre que se conduce así en las pequeñeces? Si tal hace en un concurso pedestre ¿qué no llegará á hacer en los de miras más altas? El que tan magnífico se muestra con los pequeños pies ¿qué no guardará para las grandes cabezas?

Ahora bien, si hay españoles que creen que el día de mañana habían de tener en este Médisis un gobernante menos guasón que los actuales, sospechamos que se equivocan. Un solo ejemplo bastará á confirmar esta sospecha.

Discutía una vez un periódico suyo, dirigido por él mismo, con otro, republicano; y, como este le supuso afecto al partido conservador y á las empresas más favorecidas por este partido, tales como la Compañía Transatlántica, él hizo observar que de diputado había votado contra esta compañía, y que de los principales diarios de Madrid, el suyo era el único que no publicaba los anuncios de ella. Esto lo dijo una vez, y aún nos parece que dos veces; pero, antes de que hubiese oportunidad de decirlo la tercera, empezaron á aparecer en el periódico, no artículos, sino articulazos, describiendo las maravillas, con grabados y todo, de la Transatlántica. Y tras los artículos vinieron los anuncios. ¿No tenemos razón para sospechar que el Médisis de que hablamos es un bromista de primera?

Y por cierto que, entre las excelencias de que allí se hablaba, se contaba la de posesión, por dicha compañía naviera, de vapores «iguales en todos conceptos á los mejores del mundo»; y el mejor que tiene, y á que sin duda quería referirse el autor de la apoteosis, es esa dorada carreta, esa soberana birria de los mares, de una sola hélice y 16 millas de andar que ha ido á Buenos Aires conduciendo á la Infanta Isabel, cuando ya no hay vapor trasatlántico de respetabilidad que no tenga hélices gemelas; hace doce ó catorce años que muchos de ellos andan más de 20 millas; y los últimos de Cunard pa-

san de las 25. Y la compañía tiene ese vapor porque se lo cedió casi de balde el Estado, á causa de serle costosísimo usar de él; y en cuanto se presenta ocasión, y si no se presenta se busca, el Estado se lo alquila y paga espléndidamente á la compañía. (¡Si serán guasones los señores del reino!)

Y volvamos á los Médisis. Dicho ya que gonfalonero, si lo ha de haber, y aún también gran duque, lo será el «Magnífico», hemos de advertir que, en cambio, si de imperio se tratase, el llamado á emperador es el «Padre de la Patria.» Esto está fuera de duda. Véase, si no, cómo le van preparando el camino sus parciales.

En efecto. Con motivo de las elecciones, entonces próximas, de diputados á Cortes, decían de él, á fines de Abril de 1910, varios periódicos. (*El Liberal*, de Sevilla, 26 de Abril, *A B C*, 27 Abril, y otros), entre otras cosas lo siguiente: «Llévanle al Parlamento el éxito de su gestión administrativa, como alcalde de Sevilla, su independiente posición social; su renombre, ganado en buena lid de honradez y probidad intachable; sus aptitudes para administrar; su competencia en los negocios... ¿Su semblanza? Se traza fácilmente. Airè resuelto, cabeza y fisonomía de emperador romano...» ¿Se quiere más? ¿Puede haber nada más claro? Luego sigue: «empaque recio de hidalgo portugués, gustos de Mecenas; inteligencia alerta y viva; carácter abierto, ingenuo, vivaracho, tenaz; imaginación fastuosa, alada; servicial, trabajador, afable, buen amigo, demócrata por corazón; liberal por sentimiento; hombre de primer impulso, de entusiasmos generosos, de vehemencias arrebatadoras; todo corazón, fuego, arrebató, optimismo; dispone como una catapulta, de una verbosidad formidable para argumentar de manera aplanadora, copiosa, persuasiva... Y el volcán de su imaginación inagotable le surte siempre de conceptos, de razones, de hábiles giros...» etc., etcetera, etc. Como se observará nada de esto es incompatible con la más allá dignidad de una nación; al contrario, parece que está un leyendo la semblanza del mismo Julio César un tanto favorecido; y lo de la tenacidad y la «catapulta» sería ya, por sí sólo, sospechosísimo. Mas para que se vea bien la real y verdadera intención del escritor, allí está, hábil y cautelosamente puesto, entre todos esos rasgos del futuro soberano, este sustancioso y aun subversivo parrafito: «De sus

condiciones se forjan los grandes restauradores de los pueblos, los incultos magistrados de la República «cívica». Si esto no es pasar el Rubicon, entonces tampoco lo pasó César.

¡Y Alfonso XIII pasando largas temporadas, confiado y tranquilo, en aquella misma ciudad! Descúidese, descúidese el joven monarca, y quien sabe si el día menos pensado, le despiertan anunciándole que á unos cuantos kilómetros, sobre las mismas ruinas de Italia, la patria de Trajano I, se acaban de alzar pendones por Trajano III!

CAPÍTULO XXXV

DE LOS MÁS CURIOSOS Y ESTUPENDOS EN GANOS EN QUE JAMÁS HAN TENIDO Á UN PUEBLO SUS GOBERNANTES.

Ya dejamos indicado en otro capítulo que los señores del reino de España, para hacer mejor de los buenzos de sus conciudadanos lo que á ellos les conviene, por un lado les mantienen, cuanto les es posible, en la ignorancia, y por otro, los jalean y engañan halagando su vanidad nacional y también la individual si llega el caso. Así, por ejemplo, cuando hay que guerrear, ya en el propio territorio, ya en el ajeno, sea contra adversario de dentro, sea contra enemigo de fuera, la clase de tropa sale exclusivamente de los desdichados labriegos, operarios y demás individuos que no tienen una peseta ni de donde sacarla, porque el mísero jornal que en su trabajo corporal pueden agenciarse apenas le da para tenerse en pie. Los ricos, y los señoritos relacionados con éstos y ante los que de un modo ó de otro tienen algún crédito, se libran del servicio militar mediante una cantidad que al efecto pagan al Eslado. Así el gobierno se embolsa todos los años una buena suma, producto de estas redenciones; y como no por eso deja de sacar de los desheredados el número de soldados que necesita, pues todo se reduce, si necesita ochenta mil, á pedir cien mil, resulta que explota por partida doble á los gobernados, y sobre todo á los que carecen de recursos ó los tienen escasos. ¿Cómo es esto posible? Como hemos dicho; jaleando y engañando al pueblo, allí menos instruido que en parte alguna, sea la que sea, del mundo civilizado, diciendo: «¡olé, los valientes!», y «¡olé, los patriotas!» y olé